



ÉPOCA 3.<sup>a</sup> — AÑO VIII. — TOMO VI.

NÚMERO 24. — Madrid 25 de Febrero de 1883.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

MADRID Y PROVINCIAS.

Seis meses.....	30 rs.
Un año.....	60 »

CUBA Y PUERTO-RICO.

Seis meses.....	2 ½ ps.
Un año.....	4 »

DIRECTOR  
DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL

ADMINISTRACIÓN  
PELIGROS, 20. SEGUNDO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

EXTRANJERO.

Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 »

FILIPINAS Y MÉJICO.

Seis meses.....	3 ½ ps.
Un año.....	6 »

SUMARIO

TEXTO.—*Revista*, por Nulema.—*Crónica*, por D. Isern.—*La Virgen de la Escribanía*.—*Aire, sombra, polvo, humo* (poesía), por D. José Selgas.—*Costumbres populares*, por D. Benigno Bolaños y Sanz.—*Caridad* (continuación), por Fr. Conrado Muñoz Saenz.—*Bibliografía*.—*Sonetos*, por D. Antonio María del Valle.—*Los grabados*.—*El mártir de un secreto* (continuación), por Raúl de Navery.—*Feroglífico*.—*Revista de conocimientos útiles*.—*Advertencias*.—*Anuncios*.

GRABADOS.—*Filipinas, Cebú: Arco levantado en la fiesta de la Inmaculada Concepción de 1882 en la plaza del Palacio y Catedral*.—*Panorama general de Roma*.—*Vista exterior de la Catedral de Tarazona*.—*El Alcalde*, dibujo de Becquer.

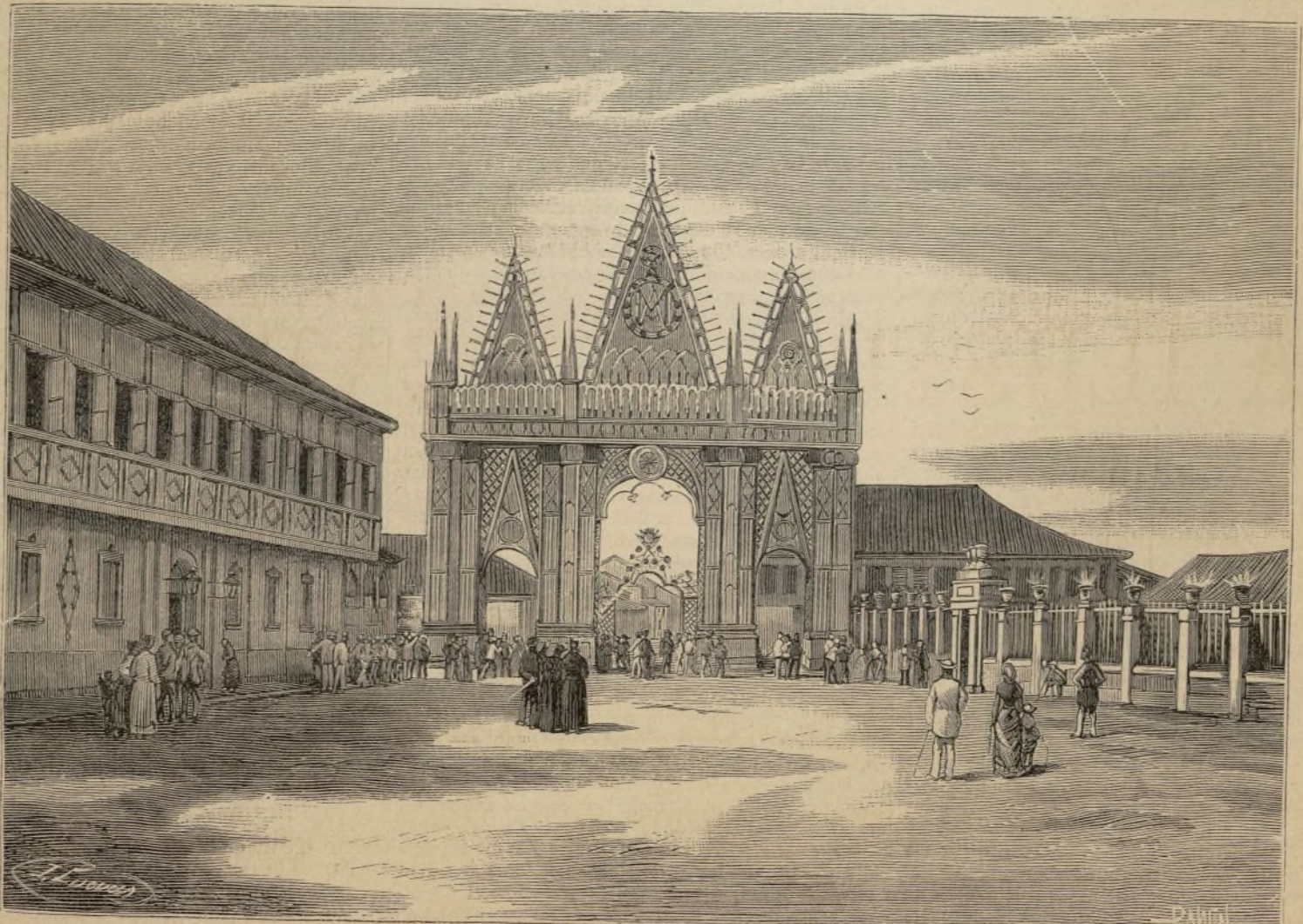
REVISTA

Los padres de la patria han inaugurado la Cuaresma trayendo de nuevo á discusión el odioso tema del matrimonio civil. Parece mentira que una cuestión tan grave y de tanta trascendencia para la familia se convierta en arma de ambiciones políticas y de maniobras parlamentarias, como si se tratase del uniforme que han de usar los ministros ó de las luces que han de alumbrar el salón de sesiones. La cuestión es tan importante, que compendia en sí todos los más graves problemas sociales, y sin embargo, ahora se ha traído á discusión como medio de dividir á la mayoría, quebrantar las fuerzas del Gobierno, y preparar un cambio de situación favorable á la democracia.

completo; pues el Gobierno, viendo surgir la división en sus huestes, ha logrado dar largas al asunto, aplazando la dificultad, que es el mejor medio de no dar gusto á nadie. No obstante, por lo que ha podido columbrarse en la discusión, se comprende que nos amenaza de nuevo la plaga horrible y repugnante del matrimonio civil, cáncer que irá devorando la sociedad española en sus mismas entrañas, hasta lograr la disolución de la familia, que será el último triunfo del salvajismo revolucionario.

Porque adviértase bien el escándalo: una parte de los políticos que piden el matrimonio civil lo piden con ruda franqueza, en cuanto significa la secularización total y absoluta de la familia. Para estos señores el matrimonio debe ser única y exclusivamente un contrato civil, sin carácter ninguno religioso, fundado y garantido por las leyes humanas. ¿Dónde, en qué país del mundo se ha visto pueblo tan salvaje

FILIPINAS. — CEBÚ.



ARCO LEVANTADO EN LA FIESTA DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE 1882 EN LA PLAZA DEL PALACIO Y CATEDRAL.

Ayuntamiento de Madrid

que prescindiese de la Divinidad para formar el lazo conyugal, base de la familia?

¿Será impiedad ó locura? Nos inclinamos á lo último, porque no se comprende que el demonio pueda inspirar á esos hombres, á ménos que el demonio no se haya vuelto tonto.

El matrimonio civil pasó por nuestro país causando estragos vergonzosos; ¿y se quiere que vuelva en condiciones tan odiosas, como satisfacción á los malos instintos de gentes corrompidas y desalmadas?

Se explica muy bien que hace cuarenta ó sesenta años hubiera míopes que no viesan venir de lejos la Revolución, que hoy tenemos encima; pero á la hora presente el problema está resuelto: ó católicos con la Iglesia, ó impíos con la revolución.

\*\*

La asociación de ladrones y asesinos descubierta en Jerez se llamaba *La mano negra*. Por sus reglamentos y listas de filiación se deduce que es importante y con ramificaciones en otras comarcas distintas. El título indica bien á las claras su origen revolucionario; pues de otro modo se hubiese llamado con más propiedad *Las manos vivas*.

Mientras nos llegan estas noticias de Andalucía, los periódicos de Cádiz nos cuentan que «las diligencias practicadas en Arcos en averiguación de los autores del robo verificado el 5 del corriente en el cortijo de Boniche, situado en término de Bornos, han dado por resultado la captura de quince individuos vecinos de dicho pueblo, autores y cómplices del mencionado robo, resultando además todos ellos afiliados á la Internacional, ocupándoles papeles y 868 reales, producto de la cuota que pagan los mencionados asociados mensualmente.»

De modo que si los ladrones de Bornos no son de *La mano negra*, tampoco tienen las suyas muy limpias.

Y ya que en estos tiempos se concede tanta importancia al sufragio universal; ¿por qué no se les pregunta á los socios de Jerez y de Bornos su opinión acerca del establecimiento del matrimonio civil? ¿Quién dudará que sería favorable?

Los miembros de la mano negra, ó lo que es lo mismo, los dedos de la mano negra son los huéspedes que llaman á la puerta de la sociedad, y los encargados de guardarla, en vez de reforzar los cerrojos para evitar su invasión, van quitándolos uno á uno, hasta dejar la puerta abierta para que entren los huéspedes, y con sus manos lavadas se coman el patrimonio de nuestros padres.

Hemos dicho con sus manos lavadas, porque los revolucionarios cuando están de postulantes tienen las manos negras; pero luégo que entran en la posesión de sus esperanzas, se lavan las manos y hasta se calzan los guantes.

\*\*

Volvamos los ojos á cuadros más lisonjeros. Las Misiones y los Ejercicios espirituales se multiplican en toda España con fecundidad prodigiosa, y aunque la impiedad proteste brutalmente, como ha sucedido en Alicante, la cosecha de la divina palabra no se amengua, sino que por el contrario crece y se desarrolla bajo la bendición de Dios, que nunca falta á las obras que se emprenden en su nombre y con recta y santa intención.

«En vano los políticos, decía hace años un elocuente escritor, con todos sus aparatos imperfectos de vigilancia y de represión, querrán competir ni en oportunidad ni en vigilancia contra el instrumento de la palabra divina, tan sencillo como grandioso.»

«Si los gobiernos quisieran ver, y si todos los hombres no interesados en el triunfo del mal quisieran despojarse de deplorables preocupaciones, verían muy claro que hace más bien y más seguro y positivo un misionero con su cruz y su palabra que todos los reglamentos de orden público, y todas las falanges de policía y todos los códigos penales.»

«¡Cuánta enemistad apagada! ¡Cuánto crimen evitado! ¡Cuánto error desvanecido! ¡Cuánta seducción frustrada! ¡Cuánto vicio extirpado! Los políticos debieran ver que toda alma ganada para Dios equivale á un ciudadano útil ganado para la patria; que toda inteligencia ilustrada por la verdad católica es una puerta cerrada al sofisma de los sectarios y á la invitación de los conspiradores: jamás el miedo servil á la pena material de la potestad humana grabará tan hondamente en el corazón del ciudadano una ley de orden público, como la lleva esculpida en su conciencia el que tiene por costumbre respetar el orden puesto por Dios en la región de los derechos, lo propio que en la de los deberes.»

En la imposibilidad de hablar aquí de todas estas santas Misiones, dedicaremos un recuerdo á los Ejercicios espirituales que para hombres solamente está dando el P. La Torre en la Iglesia de Calaravias de esta corte. El docto jesuita, cuya palabra sale de los abios como el chorro claro, limpio y abundante de

una fuente de aguas vivas, ha reunido en derredor de su cátedra á numeroso auditorio, compuesto de hombres distinguidos en todas las esferas de la sociedad, y con tan elocuentes reflexiones mantiene la atención de los fieles, que todos salen encantados de oírle, y saludablemente emocionados, con fruto de sus almas, sedientas de aquella palabra que refleja la luz de un gran entendimiento, y el fuego de caridad inagotable.

¡Hermosa misión la de la elocuencia cristiana! Ella, con maravillosa sencillez, abre á los entendimientos horizontes de eterna luz, y destierra de los corazones el germen de todos los vicios, mientras que la elocuencia mundana cubre con efímeras flores el resplandor del cielo en las almas, y proyecta sobre su sombra la luz fosforescente y fantástica de las pasiones humanas.

\*\*

— ¿Puede usted negar, nos decía ayer un amigo que no piensa como nosotros, que las bellas artes se cultivan hoy más que nunca en España, y que aumenta el número y la importancia de los artistas, á medida que la civilización moderna despliega sus invenciones y sus galas? En Madrid tiene usted ahora dos teatros de buena declamación, dos de ópera, dos sociedades de conciertos clásicos, y una exposición de pinturas que se repite dos veces al año. ¿Qué más puede usted pedir?

—No pido tanto, amigo mio, le contestamos. Es cierto que se cultiva la poesía dramática en dos teatros; en Apolo y el Español; la música teatral en el Real y en Price; la música clásica en los conciertos de Vázquez y de Espino; y por último, que la pintura, sobre todo de acuarelas, luce sus encantos en las exposiciones de Hernández. Con menos me contentaría. Pero es preciso distinguir dos aspectos en el arte, uno que es propio de la forma y otro del fondo, uno que es general en toda obra artística, como el sonido en todas las voces articuladas, y otro que es peculiar de las buenas obras, como el pensamiento ó la idea en el sentido de las palabras.

La obra de arte ha de tener fondo y forma, y aunque la forma debe estimarse, siempre deberá subordinarse á la estimación que merezca el fondo; como el aprecio que hagamos de un hombre, no tanto deberá consistir en su figura y ademanes, por bellos y elegantes que sean, como en las cualidades de su corazón y de su entendimiento, ó lo que es igual, en las prendas de su alma.

El fondo y la forma de la obra artística producen sus respectivos gozos en el que los contempla; pero estos gozos, apreciándolos por el mérito de su respectiva causa, valdrán incomparablemente más cuando se deriven del fondo que cuando sean efecto de la forma.

Así en el cuadro de las *Lanzas* de Velázquez hay motivo para recrearse contemplando la bella distribución de las figuras, la calculada combinación de los trajes, los efectos de la perspectiva, el movimiento de las personas y los rasgos de dibujo y color que prestan animación, vida y gracia al conjunto; pero hay un gozo mayor, que es el ver allí retratada la caballerosidad española en el marqués de Spínola, que con afable sonrisa recibe las llaves de Breda de manos del vencido general Faustino de Nassau, procurando con sus dulces maneras atenuar el dolor del vencimiento. Y lo que se dice de esta obra se dice de todas.

Ahora bien, nosotros apreciamos mejor la forma que el fondo de las obras de arte; nos basta el placer de contemplar la forma, y hacemos gracia del placer superior que nace del fondo, inaccesible á nuestros ojos. En una palabra, amigo mio, somos muy aficionados al arte, porque nos gusta todo lo que divierte; y aun en esto somos tan frívolos, que aceptamos el menor placer en el arte: por no pararnos á pensar en nada, ni aun en las cosas de nuestro gusto.

— Pero de lo que acaba usted de decir se desprende que tomamos placer en las obras de arte...

— En efecto; pero que tomamos el rábano por las hojas... Acudimos al teatro sabiendo que *Las Esculturas de carne* carecen de buen fondo, porque nos *divierte* la forma, es decir, el verso, las situaciones dramáticas, y los pasos horrorosos que tienen menos arte; acudimos á las óperas, aunque no entendamos su música, porque nos *divierte* la dulce armonía del canto y de la orquesta, las brillantes decoraciones y la animación del espectáculo; asistimos á los conciertos clásicos, aunque aquella música nos reviente por falta de conocimientos previos, porque nos *divierten* algunas melodías pegajosas al oído, nos *divierte* el ruido de los pasajes agitados, y sobre todo nos *divierte* la vanidad de seguir la moda; acudimos, en fin, á las exposiciones de Hernández aunque no comprendamos el mérito de un cuadro, porque nos *divierte* aquella variedad de cuadritos *nuevos*, nos *divierte* la *forma* pictórica, sobre todo si hay desnudos; y en fin, nos *divierte* el ir donde va

el rey, y con el rey la grandeza... Dice usted que aumenta el número de los artistas... No es extraño: á las exigencias del público responden los artistas con sus voces, sus instrumentos y sus paletas, como responden los toreros con sus espadas y los aeronautas con sus costillas.

— Es usted implacable.

— Sí, señor, con las mentiras de nuestro siglo.

\*\*

Las noticias de Málaga acerca de los estragos de la *trichinosis* ponen espanto en los estómagos más hambrientos y valerosos. Pasan de cuarenta las personas atacadas de esta horrible enfermedad, y ya han muerto tres ó cuatro con síntomas evidentes del mal mencionado.

Pero consolémonos con que si los jamones de Málaga tienen gérmenes de *trichina*, los que vienen á Madrid traen «vexículas de larvas de ténia.»

La revista de *Conocimientos Útiles* dice que á consecuencia de los reconocimientos practicados durante los seis últimos meses del año pasado en las carnes que han venido al mercado de la plaza de los Mostenses, han sido detenidos é inutilizados 197 jamones, de los cuales 185 tenían gérmenes de ténia, y 12 se hallaban corrompidos.

«Se ve por estos datos, añade después, que especialmente los jamones infestados de larva de ténia abundan bastante, pues rara es la semana que no se encuentren é inutilicen de diez á quince piezas.»

Con que ya lo saben ustedes; las buenas magras, que eran el plato favorito de nuestros abuelos, han degenerado hasta el punto de convertirse en nidos de *trichina* ó de *ténia*, repugnantes á todo el mundo.

La civilización moderna, como decimos arriba, nos empuja á la barbarie, y la industria, con sus fraudes, nos obligará dentro de poco á mantenernos de hierbas. ¡Progresamos!

\*\*

El pensamiento que nosotros apuntamos en una de las revistas anteriores, acerca de los círculos regionales ó provinciales, está siendo objeto de discusión en la prensa diaria. Los periódicos de ideas avanzadas los defienden con calor, mientras que los conservadores los miran con recelo, por ver en ellos gérmenes separatistas, ó como si dijéramos, larvas de federalismo.

Uno de los diarios más entusiastas es *El Imparcial*, que escribe el siguiente idilio:

«Los centros regionales formados por los vínculos naturales y dulcísimos de un mismo cielo, de unas mismas costumbres, de las mismas vicisitudes y glorias históricas, y donde se reúnen los carlistas y los republicanos, el estadista conservador que acaba de ejercer el consejo de la Corona, y el propagandista de las nuevas ideas que acaba de cubrir de resplandores y galas la tribuna, los hombres envejecidos en la industria, el comercio, las armas, las artes y la política, y los que recién llegados del rincón querido é inolvidable donde se abrieron los ojos, traen con los hermosos entusiasmos de la juventud los maternales efluvios de la comarca natal. Allí están todos, allí se ven, allí conversan, y todos unidos, á despecho de los odios políticos, son un valladar fuerte contra esas vergonzosas pasioncillas de aldea, un tribunal moral, cuyas sentencias no pueden menos de producir efectos prácticos, un medio de publicidad contra los abusos impunes, una palanca que imprime movimiento á los verdaderos intereses del país.»

Este idilio nos recuerda aquellos otros, que yendo á las aulas de la Universidad, oímos al Sr. Castelar, perdidamente enamorado de la virgen democracia.

Es un recurso artístico amenizar las tragedias con tiernos idilios. Los centros regionales, que vienen á reemplazar á las antiguas hermandades religiosas, son un medio más de confusión, de ideas y de sentimientos, como advierte, sin quererlo, *El Imparcial*, que tienden á disminuir en vez de unir, fomentando rivalidades y antagonismos de provincia que el catalicismo había desvanecido casi por completo, y allegando elementos para el federalismo, que sería la ruina de España.

\*\*

Cerrada ya esta crónica, hemos visto sobre la mesa de despacho del Sr. Fernández Guerra un elegante folleto, impreso en Roma, con este título: *Albo dei Sottoscrittori per la medaglia d'oro in onore del commendatore Gio. Batt. de Rossi è relazione della solennità nel presentarla in laterano il di XI dicembre MDCCCLXXXII.*

La prensa de Madrid no ha dicho nada, que sepamos, de este universal homenaje al ilustre sabio romano, príncipe de la arqueología cristiana, descubridor infatigable de los tesoros de las Catacumbas, honra altísima y gloria indisputable de la ciencia católica. El suceso, sin embargo, debe conside-

rarse como un triunfo de los más grandes que los católicos podemos obtener en estos tiempos de universal apostasía, pues hojeando el *Album* se ve que príncipes de varias naciones, académicos de todo el mundo, sabios de todas las religiones han respondido con entusiasmo á la voz de la *Sociedad de cultivadores de la arqueología cristiana en Roma*, la cual dispuso rendir este tributo de admiración y de reconocimiento al sabio de Rossi, con motivo de su cumpleaños, el día de San Dámaso.

El ilustre arqueólogo ha prestado tan señalados servicios á la Iglesia con sus estudios y descubrimientos, que puede llamársele gran apologista de la verdad católica, sin que por esto rebajemos la gloria de los venerables escritores que llevan este título. Ahora bien; ¿no es consolador el ver cómo reconocen el mérito y la sabiduría de tan ilustre apologista, los escritores y académicos más doctos del mundo, sin distinción de escuelas ni de partidos, el católico como el judío, los Cardenales y conventos de Italia, como los príncipes y académicos de los países protestantes y cismáticos? ¿Qué sabio impío puede disputar esta gloria, ó más bien esta soberanía, al sabio católico?

El *Album* de que hablamos contiene un grabado de la medalla regalada; cincuenta y siete páginas de firmas, entre las que sólo se leen dos de España, la Academia de la Historia y el Sr. Fernández Guerra; y por último, un Catálogo de las obras de Rossi, formado por el Sr. Gatti, y dividido en tres series: *Antigüedades cristianas, Epigrafía clásica y Topografía, geografía y Miscelánea arqueológica*.

Reciba el Sr. de Rossi, á quien tuvimos el honor de tratar en Roma por recomendación del Sr. Fernández Guerra, nuestra entusiasta felicitación por su envidiable triunfo, que redundará en gloria de la ciencia católica y de la Iglesia, nuestra Madre.

NULEMA.

## CRÓNICA

**S**E creía generalmente hace quince días que la situación de Francia no podía agravarse, y sin embargo nadie se atrevería á negar que hoy es esta situación más grave que entonces.

El conflicto entre el Senado y la Cámara de diputados es un hecho, y es un hecho también que M. Grevy tropieza con grandes y poderosas dificultades para organizar su ministerio. Añádase á esto que la mayoría de la Cámara está cada vez más desorganizada, y que se notan síntomas de descontento, no sólo en la industria y el comercio, sino también en el ejército y en la marina.

Claro está que este estado de crisis política, parlamentaria y ministerial, no puede prolongarse indefinidamente, y cada día se siente más la necesidad de ponerle término.

Pero ¿cómo?

El conflicto entre las Cámaras sólo puede desaparecer cediendo los diputados ó los senadores, y hasta ahora el hecho es que no ceden ni los unos ni los otros, y que la cuestión de la expulsión de los Príncipes de las casas que han reinado en Francia, parece irresoluble.

La crisis ministerial no es menos difícil de resolver que la parlamentaria. En el estado actual de descomposición de las mayorías del Senado y de la Cámara de diputados, toda combinación es imposible. M. Ferry ha aceptado á última hora el encargo de formar ministerio, y no sabemos si logrará constituirlo. Si lo constituye, su existencia no será más que un paréntesis abierto en la crisis presente, paréntesis que no se prolongará sino muy pocos días.

Quizá la más grave de estas crisis es la crisis política, que en realidad sólo podría tener una solución, aunque no sería definitiva: la disolución de la Cámara de diputados.

M. Grevy no se atreve á decretarla por dos motivos: primero, porque al aceptar la Presidencia de la República ofreció que jamás apelaría á este género de medidas, y segundo, porque teme y con razón que la nueva Cámara resultara más revolucionaria que la actual, y la mayoría más fraccionada y descompuesta que la de ahora.

Necesario es, pues, á los partidarios de la República francesa resignarse á verla vivir en un estado de perpetua crisis, que en un período de tiempo que sólo la Providencia conoce, la conducirá inevitablemente á la muerte: la dolencia que la aqueja es crónica y mortal.

Ciertamente no tendrán por qué sentir su muerte los principios de orden y de justicia que deben inspirar todos los actos del gobierno, toda vez que la República ha sido en Francia la personificación más acabada del desorden y de la injusticia.

Su gobierno ha tenido no poco del de nuestros

progresistas, aunque más del de los cesaristas volorianos del siglo pasado.

\*\*\*

Los partidos liberales han hecho todo lo posible para secularizar los estados. Se ha arrojado á Dios de la legislación y de la vida pública, pero al momento se han tocado las consecuencias de este hecho; la corrupción se ha apoderado de la administración pública y de la sociedad.

Podríanse citar cien hechos en confirmación de esta verdad; pero valga por todos el que acaba de ocurrir en Austria y hoy ocupa á Europa entera.

Un Sr. Schwarz pidió al gobierno la concesión de una línea férrea que deberá atravesar la Gallitzia, y una subvención de 20 millones de florines para la realización de la empresa.

El Ministro de Comercio, barón del Tino, se mostraba reacio y no había medio de arrancarle la concesión.

Entonces el Sr. Schwarz acudió á un diputado influyente de la mayoría, el Sr. Kamiuski, para que apoyara su pretensión, y le ofreció el 3 por 100 de la subvención que se le diera, en el caso de que se le concediera todo lo que pedía.

Con tan buen padrino, el asunto salió adelante y el Sr. Kamiuski pidió sus honorarios.

Como no es lo mismo prometer que dar trigo, el Sr. Schwarz se negó á cumplir lo ofrecido, y el señor Kamiuski le ha llevado á los tribunales con gravísimo escándalo de todas las personas honradas de Viena, declarando que las demás personas que le han auxiliado en sus gestiones cerca del Ministro, le piden la parte que les toca del 3 por 100.

¿Qué personas son estas? En Viena se asegura que alguna de ellas es muy allegada al Sr. Barón del Tino.

\*\*\*

Un hecho distinguirá entre otros el Pontificado actual de muchos otros Pontificados: el restablecimiento de las relaciones diplomáticas de diversas naciones europeas con la Santa Sede.

Abrió el camino Prusia.

El gobierno del Czar de todas las Rusias se ha apresurado á penetrar en él, comprendiendo las grandes ventajas que de este modo puede alcanzar.

Y todo parece indicar que el gobierno de la reina Victoria, que ya sostiene cerca de la Santa Sede un agente oficioso tan caracterizado como el señor Erington, diputado de la mayoría de la Cámara de los Comunes, seguirá el noble ejemplo que le han dado los dos imperios más poderosos de la tierra.

Pero Leon XIII no desea sólo reanudar las relaciones diplomáticas de la Santa Sede con las grandes potencias: aspira también á restablecerlas con las potencias de segundo y de tercer orden, que en tiempos menos turbados y revueltos que los presentes sostuvieron una representación diplomática cerca la Corte Pontificia.

Actualmente sus esfuerzos se dirigen á celebrar un concordato con Montenegro, y á lograr que Suiza siga el ejemplo de Prusia y del imperio moscovita, ó por lo menos el del gabinete de Londres.

Montenegro, con las ventajas obtenidas en la última guerra, cuenta con un número considerable de súbditos que profesan la Religión católica, y que dependen de Obispos que no son súbditos temporales del príncipe Nikita.

Con arreglo al nuevo Concordato, se creará un obispado en la capital del Montenegro, y se obtendrán del Estado no pocas ventajas para la Iglesia.

Los radicales de Suiza comprenden al fin los males que les origina la actual situación del Gobierno de Berna respecto de la Santa Sede. De aquí que quieran oír la voz de León XIII, que les aconseja que pongan término á esta situación.

De un momento á otro empezarán las negociaciones diplomáticas para llegar á este feliz resultado, en bien de los intereses religiosos y sociales, y aun políticos, de la Confederación Suiza.

El Gobierno del titulado reino de Italia se propuso aislar á la Santa Sede en Europa, y ahora resulta que todos los planes de aquel Gobierno salen frustrados, y que en breve no habrá mayor aislamiento en Europa que el aislamiento en que se encontrará el Gobierno de Humberto de Saboya.

Preciso es ver en todo esto la mano de la Providencia.

\*\*\*

Según las últimas noticias de Santiago de Chile, el conflicto existente en aquella República entre la Iglesia y el Estado puede darse por terminado, por lo menos en su parte más grave y de más difícil resolución.

Esto se debe principalmente á la prudencia y sabiduría del representante de la Santa Sede en aquellas remotísimas regiones.

Puede esperarse, en consecuencia, que serán provistas en uno de los próximos Consistorios las Sedes episcopales vacantes en aquella República desde hace algún tiempo, con gran perjuicio del pasto espiritual de las almas.

El Gobierno de Chile, sin ser un Gobierno completamente católico, ha sabido en esta ocasión dar pruebas de elevación de miras, comprendiendo la necesidad de reconocer los incuestionables derechos de la Santa Sede en no pocas de las cuestiones que se debatían.

También es ya cosa de que nadie duda que en el próximo Consistorio podrán preconizarse los nuevos titulares de las Sedes episcopales vacantes en Polonia y en algunas regiones de Oriente, principalmente en algunas provincias turcas.

Por todo esto se cree que tendrá grande importancia la alocución que en el próximo Consistorio dirigirá el Papa al Sacro Colegio, hablando de los resultados obtenidos en las negociaciones con algunos Gobiernos, y singularmente con Rusia.

También se espera, según noticias publicadas por órganos católicos autorizados, que hable de las nuevas bases sobre que se siguen las negociaciones para llegar en Alemania al completo restablecimiento de la paz religiosa.

\*\*\*

Las noticias de Turquía que se reciben, tanto por cartas como por la prensa de Viena y de Constantinopla, son grandemente consoladoras.

Ya no sólo entre los armenios cismáticos, sino también entre los griegos y los búlgaros, se advierte un grandioso movimiento de retorno á la unidad católica, en el cual cabe no pequeña parte á la Puerta, que lo favorece cuanto puede, porque sabe que los católicos son súbditos fieles del Sultán, mientras que los cismáticos son todos grandes amigos y favorecedores de Rusia los unos, del reino helénico los otros.

Ultimamente ha ocurrido en este punto un hecho que ha ejercido grande influencia en el ánimo del Sultán.

Había llegado á Constantinopla una comisión de cismáticos de la provincia de Erzeroum, á quejarse del proselitismo del clero católico, y á hacer al Sultán grandes protestas de adhesión incondicional y entusiasta.

Precisamente en el momento en que presentaban su mensaje al Soberano, recibió el ministro del Interior un telegrama del gobernador de Erzeroum, en que le anunciaba que acababa de descubrir una sociedad secreta cuyo objeto no era otro que preparar un levantamiento popular contra Turquía en la primavera próxima.

Aconsejaba el gobernador al ministro la prisión preventiva de todos los individuos de la comisión que acudía en queja al Sultán contra el proselitismo del clero católico.

De la causa instruída ha resultado que, en efecto, todos los individuos de dicha comisión formaban parte de la indicada sociedad secreta, entre cuyos miembros no había un solo católico.

Este hecho ha producido grande impresión en el ánimo del Sultán, y ha servido de providencial apoyo á las instancias del delegado de la Santa Sede, que ha pedido justicia contra las agresiones de que son objeto los católicos de Bulgaria por parte del clero cismático, que está furioso por el extraordinario número de correligionarios suyos que se convierten felizmente á la fe católica.

El gobierno del Sultán ha enviado una circular á las autoridades de Bulgaria para que no consienta de modo alguno el atropello de los católicos, y el ministro de la Guerra ha separado al Presidente del Consejo de guerra permanente de Bulgaria por haberse probado que estaba vendido al cisma para bejar y oprimir á los católicos.

\*\*\*

Por satisfactorias que sean estas noticias, todavía podemos dar otra á nuestros lectores antes de terminar esta crónica.

Según una correspondencia de Constantinopla, ciento cincuenta mil hijos de la Valaquia, deseosos de emanciparse por completo del yugo de los griegos, han entrado en negociaciones con el delegado de la Santa Sede en la capital del imperio turco para abrazar la fe católica.

Este hecho ha alarmado, como es consiguiente, al patriarca cismático y aun al gobierno ruso, que trabajan cuanto pueden para impedir que estas conversiones se realicen.

Pero da la coincidencia que por interes político Austria favorece con todas sus fuerzas la realización de los deseos manifestados por los nobles hijos de Valaquia, y que hoy el gabinete de Viena goza de mayor influencia que el de San Petersburgo en la provincia de los Balkanes y en Constantinopla.

¡Quiera el cielo que no se logre impedir que estas conversiones se realicen, que vuelva á ser la Valaquia lo que fué en otros tiempos, cuando unida á Roma floreció en obras de fe, y de piedad y de adhesión á la Iglesia!


Más difícil parecía, sin duda ninguna, hace algunos años que la conversión de la Valaquia, la de los armenios cismáticos, y sin embargo crece de día en día el número de armenios que abrazan la fe católica.

Todo parece indicar que la obra de la conversión del Oriente ha llegado. En él se compensa la Iglesia de las pérdidas que experimenta en Occidente.

D. ISERN.

## LA VÍRGEN DE LA ESCRIBANÍA

### I

 Así todos los viajeros, y en particular los ingleses, que por el otoño bajan á Suiza y á las márgenes del Rhin, y de paso visitan la risueña Bélgica, al detenerse en Gante admiran tres cosas: la casa de Ayuntamiento, cincelada cual si fuera una joya; la torre sombría y elevada que tiene en su remate el dragón de origen escandinavo, y la catedral de San Bavon, rica en obras de arte y en recuerdos: por último, fijan su atención en un cuarto edificio, que es la gran carnicería ó matadero, monumento de la Edad media, construido en otro tiempo por una corporación poderosa, y cuyo extraño y pintoresco interior estimularía á más de un pintor á trasladarla al lienzo. Los curiosos suelen ver sobre la puerta principal de la entrada una efigie de gran tamaño de la Santísima Virgen, de majestuoso aspecto, y que tiene trazas de muy remota antigüedad; y preguntan por qué la Madre del Salvador tiene en su mano derecha una escribanía, y por qué el niño Jesús parece que está manejando una pluma.

Esto se explica con una antigua leyenda que vamos á referir.

Reinaba hace muchos años Felipe el Bueno: la ciudad de Gante estaba, según la vemos en el día, con sus espaciosos edificios, sus anchas calles, numerosos puentes y su población laboriosa, formal y entendida. En el momento en que empieza esta pequeña historia, las campanas de todas las iglesias tocaban las oraciones del anochecer; y esta era también la señal para cenar en las casas bien arregladas. No había casa más metodizada que la del regidor Martens; por tanto estaba ya en la mesa la sopa de leche, acompañada con un trozo de esturión y de un plato de arenques (porque ocurría esto la víspera de la Ascensión de Nuestra Señora y era día de vigilia). El dueño de la casa estaba sentado en un gran sillón y enfrente su mujer, veíasele impaciente golpeando la mesa con el cabo de un cuchillo; la mujer tenía las manos cruzadas en actitud de decir el *Benedicite*, y dos asientos que había vacíos indicaban que se esperaba á otras dos personas.

— ¡Cuánto tarda Huberto! dijo por fin el padre.

— Ya viene, querido, ten un poco de paciencia, contestó con voz dulce su mujer, que Isabel ha ido á buscarlo.

Efectivamente; Isabel, como buena y cariñosa hermana, así que vió que su hermano no parecía, fué corriendo á avisarle. Había subido con ligereza por la escalera de piedra, atravesado una larga galería y deteníase junto á una puerta que estaba cerrada, donde daba suaves golpes, diciendo:

— ¡Huberto, hermano! ven, que nos están aguardando.

No le contestaban. La jóven estaba sofocada de inquieta, y en el silencio se hubieran podido oír los latidos de su corazón: toda trémula se apoyó contra el dintel de la puerta, y con voz conmovida repitió:

— ¡Huberto, Huberto! ¿no me respondes?

Continuó el mismo silencio. Impulsada por un inexplicable desasosiego, abrió la puerta y se detuvo en el umbral. El hermano estaba sentado junto á una mesa con la cabeza apoyada en las manos, y sin que, al parecer, hubiese oído nada, según lo absorbido que se hallaba en una meditación profunda; á su alrededor, tanto la mesa como el suelo, se veían sembrados de fragmentos de pergamino y de papel escritos y rotos en pedacitos.

— Hermano mío, le dijo Isabel, tocándole al hombro.

Volvióse éste de pronto como quien se despierta sobresaltado, y presentó á Isabel el semblante alterado y lloroso. Cogióle ella al momento la mano, y abrazándolo, le dijo:

— Huberto, ¿qué tienes? ¿estás llorando! Dime por Dios qué es lo que te aflige.

— Nada, contestó haciendo un esfuerzo por sonreírse; una niña. Te reirías de mí si supieras lo que me desazona.

— No por cierto, replicó ella al punto. ¡Había yo de reirme cuando tú lloras! Pero vente, ya hablaremos; ahora tenemos que bajar, porque nuestro padre nos aguarda.

Abrazó á su hermano, le enjugó con el pañuelo de hilo sus enrojecidos ojos y se lo llevó corriendo.

— Dispense Vd., padre mío, dijo Huberto al entrar en el comedor.

El regidor hizo un ademán de indulgencia, la madre se sonrió mirando á los hijos, dijo el *Benedicite* con el corazón tranquilo, y en seguida se pusieron á comer. Pero mientras la cena notó la madre el aire preocupado del hijo; y aunque tenía muy poca vista, advirtió (¡qué no han de ver las madres!) que tenía los ojos humedecidos y que apenas podía comer: contristóse con esto sobremanera; mas siguiendo la propensión de su carácter callado y pacífico, no dijo nada y se quedó en expectativa.

Después de la cena sentóse el Sr. Martens en su acostumbrado sitio junto á una ventana, á la que por la parte de afuera daban sombra las ramas de una vid, y cogió un enorme tomo manuscrito, en folio, titulado: *Sátiras de Flandes*, que por lo común hojeaba todas las noches. La mujer se sentó en el hueco de otra ventana que, gracias al espesor de la pared, formaba una especie de gabinete donde estaba ella rodeada de cuanto le servía para sus diarias ocupaciones: á un lado estaba la rueda con lino, sujeto con cintas azules; en un canastito había costura delicada y un hermoso bordado en oro, trabajo de Isabel: uno ó dos libros devotos impresos, lo cual era muy raro y un *Nuevo Testamento* manuscrito, estaban colocados en una tablilla junto á la ventana y con ellos un gran rosario de ámbar. Tomólo la madre, se puso á rezarlo devotamente; y estaba tranquila porque mientras tanto la hermana se hallaba ocupada con el hermano. Habíase llevado á Huberto al extremo del jardín bajo unos cuantos sauces vestidos con sus oscuras flores; sentóse en un banquito de piedra, obligó á su hermano á que se sentara á su lado, y fijando sus ojos en los de Huberto, le dijo:

— Vamos, dime lo que te pasa.

De buena gana hubiera él querido resistirse y encerrarse en la indiferencia y en el silencio, porque la manifestación que provocaba su hermana le era penosa; pero no le fué posible, según lo supeditaba el lenguaje de aquellos hermosos ojos negros y la expresión de su joven hermana, donde con tanta elocuencia se veían pintados la inquietud y el cariño.

— Te empeñas en ello y te voy á disgustar inútilmente.

— Mejor quiero sufrir contigo, que estar alegre sola. Habla, querido Huberto.

— Mañana es la fiesta de la Asunción.

— Sí, dijo ella; una hermosísima fiesta de la Iglesia.

— Y por la tarde celebra la suya anual la Sociedad de Retórica.

— Dos hermosas fiestas en un día, continuó ella: por la mañana los sagrados himnos y por la tarde la poesía.

— ¿Sabes tú, hermana, que la Sociedad ha abierto un concurso en que va á premiarse la pastoral más bella en honor de Dios, de la Virgen Santísima ó de los santos? Yo he querido presentar un trabajo...

— ¿Tú también, hermano? Creía yo que no hacías más que estudiar leyes.

— ¡Ah, Isabel! ¿No sabes tú el valor que ciertas personas dan á tales honores?

Por la expresión con que dijo Huberto estas palabras, la jóven lo comprendió todo: el hermano amaba á una bellísima jóven, y acaso esta quería ver puesto en sus manos el premio de la justa.

— ¿Te lo ha pedido Alix? dijo.

— Alix no; ella es muy modesta, y no se ocupa de esas cosas. Pero su tío el canónigo de San Faraído, que en otro tiempo cultivó la poesía y gusta mucho de versos, quiere á un sobrino que se distingue en estas justas. Si yo triunfase, tendría buena acogida: si no, creo que no será muy de su agrado.

— ¿Y has hecho la prueba?

— Sin alcanzar nada, dijo con pesar Huberto. Inútilmente lo he intentado: inútilmente he acudido á los versos latinos y á los griegos que aprendí cuando estudiaba; he leído versos en lengua vulgar, he repetido las canciones alegres ó tristes que la gente entona por las calles; pero no he podido salir adelante; y cuantos versos he hecho eran, á mi modo de ver, pesados, sin alma, sin gracia y sin vida. El primo de Alix, que también compone versos, obtendrá al mismo tiempo que este premio, que es

1 Las sociedades de Retórica eran muy comunes en Flandes. Consistían en reuniones literarias, cuyos individuos presentaban en competencia trabajos en prosa y en verso y se reunían para ejecutar los misterios y piezas teatrales. Tienen su origen desde el siglo XIV.

cosa que por sí me importa poco, la aprobación de su tío y la mano de la que yo tanto quiero hace mucho tiempo.

— ¿Y se ha de dar tanto valor á una cosa tan frívola?

— ¿Qué quieres tú? como no es Alix la que ha de decidirlo, sino ese buen señor que vive con sus libros, que se acuerda siempre de haber visto en otro tiempo cuando estudiaba en la universidad de París á otro canónigo llamado Juan Froisard, y á la docta Cristina de Pisan, y al sabio Gersón y al poeta Alain Chartier, no quiere conceder la mano de su pupila sino á una persona versada en las letras y que haya dado pruebas de ello en las justas poéticas. Un conde exigiría para su hija coronas y escudos de armas conquistadas en la guerra; este no quiere sino una flor del Parnaso; ¡y no poder yo cogérla...!

Callóse el joven y en su semblante quedó pintada una profunda tristeza. La hermana, que lo había escuchado pensativa, se levantó y le dijo con el mayor cariño:

— Ten valor, Huberto, que no está todo perdido.

Volvióse en seguida á la casa y en voz baja dijo á su madre:

— Pídale Vd. á Dios para que Huberto no esté tan triste mañana.

### II

Huberto era un alumno distinguido en las universidades de Lovaina y de París; había sido amantado con la leche de la antigüedad; conocía á Virgilio y á Cicerón; había leído á Salustio y á César, y comentado con la pluma en la mano á Aristóteles, á Platón y á San Agustín. Sin embargo, no había podido salir de su docto cerebro un solo verso en lengua flamenca, mientras su hermana, que no sabía latín ni griego, y cuyos conocimientos se reducían al flamenco y al francés que manejaba con corrección, sentía brotar en ella, sin que le diese importancia, el impulso de la inspiración interior. La menor sensación, un cántico de iglesia, una ráfaga de sol, una flor que acababa de abrirse, eran para ella un lenguaje lleno de imágenes y versificado, que pasaba sin esfuerzo de su corazón á sus labios. Pero Isabel, tan sencilla y modesta, casi nunca se acordaba de sus inspiraciones, raras veces las escribía y nunca hablaba de ellas con nadie.

Al oír la confianza que Huberto le hizo, sintióse conmovida, y le pareció que una mano invisible ponía en armonía este laud interior, cuyas vibraciones estaba oyendo. Llegó la hora del descanso y del silencio; retiróse á su cuarto; quitóse la pesada cofia y el largo velo que ocultaban su cabellera; desató el molesto cinturón de oro que sujetaba su vestido, y se sentó pensativa. Un hermoso rayo de luna entraba por la ventana y marcaba en el suelo el débil reflejo de los vidrios de color: la lámpara, colocada sobre la mesa, alumbraba los sombríos tapices de cuero y la estrecha y blanca cama que remataba en un crucifijo rodeado de palmas; y los ojos de Isabel, al levantarse, se encontraron con un cuadro que adornaba su apacible retiro. Era una pintura en madera, ejecutada en el taller de los hermanos Van Dyck, que representaba al niño Jesús y al niño San Juan jugando con un cordero en medio de un paisaje encantador. Las dos figuras, tanto la del Divino niño como la de su Precursor, arrebatában por su frescura, su delicadeza y su expresión: el paisaje, sombrío y risueño á un tiempo, presentaba cuanto en la naturaleza hay más hermoso: la luz, el verdor y las aguas; y hasta el cordero mismo tenía cierta fisonomía humilde que de seguro no perjudicaba al cuadro. Mirólo largo tiempo Isabel; una sonrisa aparecía en sus labios y una feliz idea hacía brillar sus ojos de alegría... De repente coge la pluma y de una tirada escribe diez estancias. Se puso á leerlas, santiguóse, é hincada de rodillas, dijo á media voz:

— Virgen Santísima, mi protectora y mi madre, os ofrezco estos versos, que son para vos y para mi hermano. Si mi querido Huberto alcanza mañana el premio, os levantaré una estatua en memoria de vuestras bondades.

Estuvo orando largo rato sin volver á leer su trabajo; se acostó y se durmió como un niño. Despertó al amanecer; levantóse de prisa, vistióse, hizo su oración y se fué corriendo á buscar á Huberto. No había éste dormido, y se estremecía al pensar en aquel día solemne que iba á ser tan triste para él.

— Ten, hermano, le dice Isabel, saludándolo con su hermosa sonrisa: lee estos versos... y dime qué te parecen.

Los leyó, los volvió á leer, y lleno de admiración le dijo:

— Estos versos son bellísimos; están escritos con mucha naturalidad y con mucha alma; son precisamente como los quería la Sociedad de Retórica, una

## COSTUMBRES POPULARES

## UNA JUNTA DE CONCEJO

Tío Félix: Cuando V. lea estas extravagantes líneas, se acordará de las muchas sesiones concejiles que siendo Alcalde ha presidido



Los poetas, esos seres desocupados que se entretienen en pintar al mundo como les da la gana, nos hablan muchas veces de la inocente sencillez de las aldeas, de la dulce paz que experimenta el alma viviendo entre los inocentes habitantes del campo. Yo no tengo ahora gana de contradecirles en lo más mínimo porque estoy también en la creencia de que la verdadera tranquilidad del espíritu sólo se goza en la soledad, y que la soledad se halla mejor en la vida rústica de los pueblecillos, que en la vida civilizada de las grandes ciudades. También convengo en que en los pueblos hay menos malos que en las ciudades, porque hay menos que saben ser malos. (Hasta para esto se necesita el saber.)

Pero en cambio a los campesinos que ni aun leer saben aunque sepan firmar, les sucede lo que a los ciegos. Son sumamente maliciosos, juzgan mal casi siempre de los que comprenden un poco más y mejor que ellos. Son muy sencillos, eso sí; pero ¡vaya V. a meterles el dedo en la boca para ver si tienen muelas de corcho!

Pasen ustedes la vista por estos renglones y asistirán (al menos en espíritu) a una de las más interesantes y aristocráticas reuniones de los pueblos, una junta de Concejo.

Hoy que se ha hundido para siempre el antiguo despotismo y que sustituye al *ominoso imperio* de los alcaldes de monterilla, el sol radiante de la moderna libertad que anima y vivifica a todas las autoridades, las reuniones del pueblo en la Casa Consistorial son libres, tan libres que la libertad de obrar acompaña a la libertad de pensar y a veces se corroboran los razonamientos con los estacazos. Imagen más parecida de un Parlamento no puede hallarse. Pero los hijos del país, aunque carezcan de la *finura* característica de los Padres de la patria, no necesitan como los Sres. Diputados que les intimide la boca de un cañón o por lo menos la fuerza armada para apaciguarse y componer sus discordias, porque todo lo compone, todo lo pacifica... ¡un jarro de vino! ¡Maravillas de la madre naturaleza!

Una mañana tuvo lugar la concejil sesión. Reunidos allí los señores labriegos, previo el aviso del alguacil, inauguró la sesión el Sr. Alcalde con la siguiente arenga. El Sr. Alcalde era un grande hacendado de aquella comarca. En sus primeros años quiso seguir una carrera y para este fin estudió algún tiempo; pero luego queriendo ser él *como todos* (así se expresaba), abandonó los libros. Cuando los años de la Revolución setembrina nos trajeron el Sufragio Universal, pretendió representar a su país en las Cortes del Reino, pero su dinero no alcanzó a cubrir los gastos que ocasiona una *libre elección*. Con aquel chasco se desilusionó algún tanto, y ahora se contenta con el modesto empleo de Alcalde de su pueblo. No debe, pues, extrañarnos que un sujeto de tales antecedentes hablase de la manera siguiente:

Señores: Al nombrarme Vds. Alcalde constitucional, contraí la obligación sagrada de mirar por vuestros intereses, defendiéndolos de todo aquel que les haga guerra de cualquier modo que ésta sea. Ya sabéis vosotros que el Gobierno, sediento de riquezas, se propone vender todos los baldíos y dehesas que sean de la Nación; y ya sabéis también la falta que nos hacen esos baldíos, y el perjuicio que nos ocasiona su venta. Pues bien, señores, por esta parte, aunque mal me esté a mí el decirlo, el que más guerra hace a nuestros intereses es el Gobierno (!), porque una vez vendidas nuestras tierras, serán de algún ricachón que nos arruine con su despotismo y sus usuras. ¡Abajo, pues, el despotismo y viva la libertad!

—(Todos.) ¡Vivaaaa!

—Pero ¿cómo defendernos de los ataques (?) del Gobierno? ¿Cómo evitar que nuestras dehesas sean vendidas? Muy sencillamente, señores. Nosotros no podemos oponer nuestros puños a los fusiles de los soldados, pero podemos *hacernos todos de una*, y no manifestar nuestros terrenos. Y aunque la dehesa del Val está ya manifestada, aun podemos hacer mucho a nuestro favor; y si no, ya veréis cómo os propongo un medio de aprovechar todo lo posible. La dehesa del Val linda al Saliente con el río, por ese lado no podemos quitar nada; linda al Poniente con el término llamado la *Navachuela*; pues no hay más que decir que la *Navachuela* está en el *Picazo*, y ya tenemos por nuestra una buena parte. Hagamos lo mismo con el lindero del Norte, que son las heredades de Juan Carranieblas, y con el lindero del Sur que es *Valfuerte* y con esto quedará muy poca

pastoral piadosa que el pueblo pueda comprender. Pero ¡Dios mío! ¿quién ha hecho esto?

Sonrióse ella, ocultando su frente en la espalda de su hermano.

— ¡Eres tú! exclamó; no puede ser nadie sino tú, Isabel. ¿Tú eres poetisa? Como la hermosa Cristina de Pisan, como María de Francia y como otras mujeres célebres. Sin musas y sin Parnaso, sin Coridón ni Cloe, has salido bien donde yo he fracasado tan tristemente.

— He probado, dijo, he orado, y Dios ha bendecido mi obra; pero la he hecho para tí solo, Huberto.

— ¿Qué quieres decir?

— Que tomes estos versos, los lleves al concurso, y si alcanzas la corona me gozaré en tu dicha.

— ¡Y he de quitarte tu gloria! ¿Qué es lo que dices, Isabel?

Echóse ésta a reír, y le dijo alegremente:

— ¿Piensas tú ahora en mi gloria? ¿Consiste acaso la gloria de una mujer en hacer versos? Dí más bien que con ese motivo te burlas de tu hermana. Mi gloria, Huberto, consiste en que nuestros padres sean felices y vivan tranquilos, en que tú estés contento, en que la casa esté bien arreglada, en que Dios sea loado y los pobres socorridos. Mi gloria es mi rueca y mi aguja. Si nuestra madre, tan piadosa y tan modesta como es, supiera que yo componía versos, y nuestros vecinos se enteraran de mi locura, lloraría de pesar. Toma estos versos, te digo: este es un secreto entre tú y yo; y cree que si no los tomas, me afliges, y que si revelas mi nombre, me causas una gravísima pena.

Huberto estuvo largo tiempo luchando; pero al fin le fué preciso ceder ante la firme voluntad de su hermana, quien sólo empleaba su talento y su imaginación en beneficio de aquellos á quienes amaba. Cedió al cabo, ella lo abrazó viéndose victoriosa, y fué corriendo á pedir la bendición de sus padres y á prepararse para la gran festividad del día.

Así que concluyeron los divinos oficios, y la gran procesión de la abadía de Mont-Blandin entró dentro del monasterio, llevando la imagen de María Santísima adornada con espigas de trigo maduras y con racimos de uvas, las gentes se encaminaron á la Casa Ayuntamiento, donde se celebraban las sesiones de la Sociedad de Retórica. Los individuos de la sociedad, muy bien vestidos, estaban sentados en un estrado; los del ayuntamiento y los decanos de los oficios estaban en los puestos de honor, y las señoras colocadas en extensas galerías. Alix estaba allí, y su alegre rostro se sonrojó cuando se encontró con la cariñosa mirada de Isabel.

Los consocios representaron y cantaron un *misterio* alusivo á la festividad del día; y cuando cesaron los aplausos de la asamblea, el decano de la sociedad leyó muchas composiciones en verso sobre asuntos piadosos, como el Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, la Huida á Egipto, San Juan en Pathmos y el martirio de San Jorge. Pero ninguna de estas poesías ganaba los sufragios del público ni de los retóricos. Por último, deslió el decano un pergamino, cuya vista hizo latir el corazón de Isabel y palidecer la frente de Huberto, que se había ocultado en un oscuro rincón de la sala. Comenzó á leer las estancias de aquella poesía, que se ha hecho tan popular con el nombre de *El Niño Jesús y el Niño San Juan*, y que los trabajadores, los aldeanos y los niños de las escuelas cantan todavía con antiguo y melodioso tono.

La sencilla y natural poesía fué oída hasta el fin con suma atención, y las expresiones flexibles y afectuosas en que abunda la lengua flamenca, realizaban más su valor. Arrancó muchos aplausos, y el decano dijo con bondad:

— «Nobles magistrados y queridos conciudadanos, hemos pedido un canto popular que pudiesen cantar nuestros hijos. Nos parece que éste reúne las condiciones que deseamos: lleva la firma de Martens: invitemos al autor á que se presente y reciba la copa de plata que ha merecido su trabajo.»

Huberto hizo cierto movimiento, como si quisiese declarar en voz alta que aquella composición no era obra suya; pero su hermana lo miró con una expresión tal de alarma y tan imperiosa, poniendo al mismo tiempo el dedo en la boca, que Huberto se quedó inmóvil.

— Huberto Martens, dijo levantándose el buen canónigo, tío de Alix, venga usted á recibir el premio que se le ha adjudicado.

Los espectadores que rodeaban á Huberto, lo llevaron como por fuerza hacía el estrado. Parecía que lo encaminaban al suplicio, y su semblante estaba receloso mientras oía los cumplidos del decano y recibía la copa delicadamente cincelada que le ofrecían. Sólo una amistosa expresión del canónigo le hizo sonreírse: entonces la tranquilidad y la esperanza renacieron en su corazón, y le pareció que le

canónigo no podía hablar con aquel tono afable y familiar sino á su futuro sobrino. Mientras tanto, Alix estaba muy contenta, y el regidor y su mujer alegrísimos; pero había otro semblante más radiante aún de gozo, que era el de Isabel.

A los pocos meses se casó Huberto con Alix, y su conducta hizo conocer que no era necesario hacer versos para sentir la dulce poesía que inspira la familia y para recibir y comunicar la felicidad.

Isabel continuó haciendo versos, y sus lindas canciones servían para dormir á sus sobrinos, hasta que le llegó la ocasión de cantarlas en la cuna á sus propios hijos.

Cuando se casó, hizo levantar sobre la puerta principal del matadero la hermosa efigie de la Santísima Virgen, que aún subsiste: en la mano derecha de María puso una escribanía, y su pluma la entregó al niño Jesús. Así quedaba cumplido su voto.

## AIRE, SOMBRA, POLVO, HUMO

## I

Vanidades de la tierra,  
Fugaces pompas del mundo,  
Glorias que el tiempo consume,  
Placeres de amargo fruto;  
Quimeras que fugitivas  
Pasan en rápido curso  
Ciencia que hasta Dios levantas  
La arrogancia de tu orgullo;  
Ansia que la vida enciende,  
Fuego que apaga el sepulcro,  
Poder, riqueza, hermosura...  
¡Aire, sombra, polvo, humo!

## II

Grande es el mundo en que habito;  
Pero mi nombre es más grande,  
Porque las glorias del mundo  
Dentro del mundo no caben;  
Yo moriré, y mi recuerdo  
Irá en los siglos que pasen;  
Tendré mi nicho en la historia,  
Será mi nombre un cadáver.  
¡Gloria!... ¡resplandor humano  
Que sólo brilla un instante;  
Vapor que el sol desvanece...  
¡Humo, sombra, polvo, aire!

## III

Ciencia que en tí solo fias  
Y de tí misma te asombra;  
Que no hallas luz, ni misterio  
Que á tus miradas se esconda,  
¿Quién insondable te oculta  
En oscuridades hondas  
La medida sin medida  
De la inmensidad que ignoras?  
Ciencia de delirios llena  
Que nuestra soberbia forja,  
Rebelde ambición del hombre...  
¡Humo, polvo, aire, sombra!

## IV

Hoy la gentil hermosura  
Que resplandece en tu rostro,  
De admiración llena el alma,  
De dulce encanto los ojos.  
Mañana... fecha terrible,  
Plazo que se cumple pronto,  
Serán tus encantos ruinas;  
Será tu hermosura escombros.  
La vida en la tierra es breve,  
La juventud es un soplo,  
Relámpago la belleza,  
¡Humo, sombra, aire, polvo!

## V

Gloria es la llama que enciende  
En el corazón, oculto  
Amor, como el alma, eterno,  
Y como eterno profundo.  
Ciencia es la fe que ilumina  
Los arcanos más oscuros,  
Luz de la virtud que humilde  
Vive ignorada en el mundo.  
Hermosura es la esperanza,  
Conciencia de un bien augusto,  
Gérmen de inmortal belleza  
Que Dios en el alma puso.  
Lo demás que á nuestros ojos  
Pasa en rápido tumulto,  
Es vanidad, es locura,  
¡Aire, sombra, polvo, humo!

José SELGAS.

dehesa para el usurero que la compre. Ya habéis oído lo que yo quería deciros. ¿Aprobais mi dictamen? ¿Ó queréis mejor sufrir bajo el intolerable yugo de un tirano?

— (Todos.) Sí, sí, aprobamos.

— Si me decís que obrando así hacemos daño al Gobierno y robamos á la Hacienda pública, ¿no sabéis que lo de España es de los españoles? Luego robar á España no es malo, porque á vosotros mismos os robáis. Y aunque así no fuera, ¿no habéis oído el adagio de que no es malo robar á un ladrón, y mucho ménos siendo éste tan poderoso? ¿Os convencéis de que es bueno lo que os aconsejo?

— (Todos.) Sí, sí.

Cuando yo hube oído aquel discurso del Sr. Alcalde, me convencí de que sus conciudadanos habían hecho muy mal en no elegirle Diputado á Cortes. El discurso daba á entender que su autor estaba muy enterado en la filosofía parda que se aprende en los pueblos. Las malicias y las absurdas teorías del orador reflejaban las ideas que corren por el vulgo; eran el espejo fiel de la *sencilles y sana moral* de los pueblos: por esto afirmo que el Sr. Alcalde merecía el nombramiento de Diputado. Y aun-

que por disculparse del robo que iba á llevar á cabo llamase ladrón al Gobierno; ¿qué importa ésto? Los *padres* y los *abuelos* de la patria hacen lo mismo.

Pero continuemos asistiendo á la sesión y oiremos cosas muy buenas. Entusiasmados los vecinos con el discurso del Sr. Alcalde, prorrumpieron á voz en grito:

— ¡Viva el Sr. Alcalde!

— ¡Vivaaaa!

— ¡Viva el tío *Gabriel* Romo!

— ¡Vivaaa! ¡Vivaaa!

— Silencio, señores, interrumpió el tío Gabriel (así se llamaba el Sr. Alcalde). Silencio. Ya que estamos conformes en hacer lo que os he dicho, nos conviene guardar mucho sigilo sobre esta cuestión que podría sernos fatal. ¿Prometen Vds. guardar el secreto?

— (Todos.) Sí, sí, prometemos.

— Pues punto concluído y vamos á otra cosa. El tío Sempronio me ha dicho que no quiere dar pastos en sus heredades al ganado de la carne.

— Pues no se le da carne.

— ¿Y por qué no? exclamó el tío Sempronio que allí estaba. Yo la pagaré como los demás y...

— ¿Piensa V., repuso el tío Nicolás el Corrutaco, hacer burla de los que no son ricos como V.? Pues eso no va bueno.

— Yo no quiero que ningún pillo se haga rico con mis pastos.

— Alto ahí, exclamó el tío Patula, que era el carnicero, creyéndose aludido. Si vuelve V. á decirme pillo, le saco la lengua aquí delante de todos.

— Yo no le he dicho á V. nada.

— Pues yo le diré cuántas son cinco, si me incomoda.

— Tiene razón el tío Sempronio, dijo el tío Marqués.

— El tío Sempronio es un bárbaro, replicó el tío *Sardina*.

— Salga V. á la calle á decirme bárbaro.

— Cuando V. quiera.

— Ahora mismo.

— ¡Orden, señores! gritó el Sr. Alcalde. Aquí no se insulta á nadie.

— Qué no provoquen.

— Qué no haya animales.

— Los animales son Vds.

— ¡Si no fuera!..



PANORAMA GENERAL DE ROMA.

— ¡Silencio! volvió á decir el Sr. Alcalde. ¿Quiéren Vds. ir al calabozo? Aquí se trata de lo que se trata, y nada más. ¿Se dan pastos al carnicero, ó no se dan?

— Sí, sí, sí. No, no.

— ¡A votación, señores!

— ¡Pues á votar!

Acto continuo siguió la votación, y del escrutinio resultó tener mayoría los que optaban por darle pastos al ganado de la carne.

— El ganado de la carne podrá pastar en el coto con exclusión de todo otro, dijo el Sr. Alcalde después de concluída la votación.

— Pues yo amoto mis heredades, dijo el tío Sempronio.

— ¿Quiere V. singularizarse?

— Sí, señor; porque tengo derecho.

— Se le respetará, añadió el Sr. Alcalde; pero quiero decirle á V. una cosa. Hay en mi poder un parte que he de mandar á Madrid, y buscaba una persona inteligente que lo llevase.

Como veo que V. es tan amigo de que le respeten sus derechos, no dudo que respetará el mío. Así, pues, en uso de él le mando que hoy mismo se ponga V. en camino para llevar el oficio á Madrid. ¿Entiende V?

— Eso es un despotismo.

— Es un derecho que yo tengo de mandarle á V.

— Es una venganza.

— Es una muestra de lo que á V. aprecio.

— ¡Singular muestra!

— Y si V. no hace lo que todos, le enseñaré algunas más.

— No lo haré.

— Pues conformes. Esta tarde á las cuatro saldrá V. para Madrid. Si no le viene á V. bien, ¿qué hacerlo? A mí tampoco me gusta que V. se salga con la suya.

— ¡Bien por el Sr. Alcalde!

— ¡Vivaaa!

— El Sr. Alcalde es...

— ¡Silencio!

— ¡Qué manera tiene de vengarse!

— Tiene razón.

— No, señor.

— Pensaba el tío Sempronio hacer burla de nosotros, pero tal vez le salga la nuez cocona.

— O no.

— Por de pronto sí.

— Puede ser que alguno lo pague.

— ¡Quía!

— ¡A callar! gritó el Sr. Alcalde esforzando la voz.

Mas bien pronto no hicieron caso de nadie. Cada dos sostenían una conversación, y hablaban tanto, que ni veinte taquígrafos hubieran podido trasladar al papel lo que allí se decía. Con el calor de las disputas se arreciaba el alboroto que era capaz de aturdir al más despabilado. De todo trataban menos de la cuestión principal. Por último, el Alcalde, á fuerza de gritar, logró imponer silencio.

— Señores, les dijo, no hemos venido aquí para insultarnos ni para provocar una contienda perjudi-

cial al común interés del pueblo, sino que venimos para trabajar en comunidad por nuestro bienestar en lo sucesivo.

Ya veis que las discordias no conducen á nada bueno. Por tanto, ¿queréis componer vuestros pasados disturbios, hacer uno solo los bandos en que estáis divididos, y ser amigos para siempre? Por mi parte, yo seré el primero que os dé el ejemplo. ¿Tratáis de perdonaros unos á otros y hacer las paces, ó queréis mejor permanecer en guerra?

— ¡Paz, paz! exclamaron todos.

— Pues bien; si queréis paz, desde ahora mismo

podéis hacerla, todo consiste en que habléis de veras. Yo creo que es más fácil de lo que parece el perdonaros y hacer las paces. Con un poco que cada uno cedais de vuestro derecho, digo mal, de vuestro amor propio, todo estará arreglado. ¿Convenís en ello?

— (Todos.) Convenimos.

— Y V., tío Sempronio, ¿procurará someterse y no darnos más guerra?

— Sí, señor.

— En ese caso queda V. absuelto de la pena de ir á Madrid.

— Gracias, Sr. Alcalde.

— ¿Se portarán así Vds. todos?

— Sí, sí.

— Muy bien, señores. Doy á Vds. las gracias por su docilidad. Desde hoy todos seremos unos, y unidos podemos hacer mucho en bien del pueblo. Y para mostraros lo mucho que me alegro de vuestra reconciliación, voy á mandar al alguacil ahora mismo que nos traiga de la taberna un bote de vino.

— ¡Bien! ¡Viva el Sr. Alcalde!

— ¡Vivaaa!

Con esto se fué animando la gente, y la alegría y

## MONUMENTOS RELIGIOSOS.



VISTA EXTERIOR DE LA CATEDRAL DE TARAZONA.

la gana de hablar llegó á su colmo cuando vieron entrar al mozo de Concejo con cuatro arrobas de un excelente vino.

La generosidad del Sr. Alcalde no paró en aquello; hubo además aguardiente y cigarros para todo el mundo. Entonces se hicieron las paces de buena gana, se repitieron los vivas al Ayuntamiento, y por último convirtieron la Casa Consistorial en casa de juego.

— Vamos á echar una brisca, tío Sempronio, exclamó el tío Nicolás ya bastante tragueado.

— Sí, sí; vamos, dijeron el tío *Sardina* y el tío *Patula*.

Y como el vino alegra los corazones, todos fueron del mismo parecer, y se dividieron en varios corros, ya de brisca, ya de *truque*, *guñote* ó *mus*.

Cuando se sentaban á jugar, exclamó el tío *Borrigueros* con toda la fuerza de sus pulmones.

— ¡Viva el Sr. Alcalde!

— ¡Vivaaa! contestaron todos.

— ¡Viva el digno Ayuntamiento!

— ¡Vivaaa!

— ¡Viva el pueblo de... X!..

— ¡Vivaaa!

— ¡Viva nuestro patrón el glorioso San Roque!

— ¡Vivaaa!

— ¡Viva el bendito San Pancracio y los que estamos aquí presentes!..

— ¡Vivaaa! ¡vivaaaan!

Después de tan chuscos vivas dió principio el juego. Yo me fuí entonces diciendo para mi capote: ¿Si durará mucho la paz y unión que aquí han concertado?

## CARIDAD

CUENTO

VII

LO DE LA CALLEJUELA

Recordarás, querido hermanito, que al recibir Gregorio la rosca de Tomasín, se oyó un chillido ahogado en el ventanillo de enfrente, y habrás adivinado que quien le dió fué José, que acechando desde su establo, vió con indecible alegría la codiciada rosca en cuya busca había hecho sus misteriosas visitas al gallinero. Apenas Gregorito salió de la casa de su amigo, ya anocheciendo, José dejó también su escondite, y por detrás de la casa del señor Cura fué á tomarle la vuelta, esperándole en una estrecha callejuela por donde tenía que pasar, en la cual, por su estrechez y por la hora en que esto sucedía, reinaba oscuridad profunda. José se arrastraba como un reptil á lo largo de la pared por no ser visto, y volvía con frecuencia los ojos á una estrecha ventana que daba á la callejuela. Llegó Gregorito lleno de alegría; levantóse José del suelo con la agilidad de un mono, y extendiendo las manos, con las cuales casi tocaba por ambos lados las paredes, cortó á Gregorito el paso, diciéndole en voz baja:

— ¡Atrás!

Gregorito retrocedió lleno de espanto. Quiso gritar; pero la mano de José vino á fijarse sobre sus labios, y oyó su voz que le decía al oído:

— Calla, ó te arruino á tí y á tu padre.

Temblando como la hoja en el árbol, el pobre niño exclamó:

— ¡A mi padre!.. ¡Dios mío!.. ¿Quién eres tú?

— Soy Pepito. No tengas miedo, que no te pegaré si me das lo que te pida: pero habla bajito, ó... — y al decir esto miró con recelo á la ventana, que era su pesadilla.

— Bien, ¿qué es lo que quieres?

— Gregorito, me hace falta tu rosca.

— ¡Mi rosca!.. No la tengo, somos pobres y nos la hemos comido.

— Quiero la rosca que acaba de darte Tomasín.

— ¡Por Dios, Pepito, déjame, que nos hate falta para cenar esta santa noche de Navidad!

— A mí también me hace falta, y no hay más remedio que dármela.

— Oh, Pepito, ¡tú no eres pobre como yo!.. ¡Compadécete de nosotros!..

— ¡Bah, bah!.. déjate de lamentos y suelta esa rosca.

— ¡Pepito!.. — exclamó el pobre niño con tiernísimo acento y juntando las manos.

— Te digo que será mía esa rosca, y lo ha de ser.

— Pues bien — dijo entonces con firmeza Gregorito — la rosca de Tomasín no ha de verse en tus manos. Primero volverá á las tuyas.

— Te guardarás muy bien de ello — respondió José rechinando los dientes de rabia. — Yo te la quitaré ó te la haré pedazos.

— Llamaré al Sr. Cura.

— ¡Miserable! ¿No sabes que puedo arruinaros á tí y á tu padre?

— ¡Arruinarnos!..

— Arruinarnos, sí. Esta tarde ha estado tu padre en mi casa y mi padre le ha prestado dineros. Ya sabes que puedo vengarme. Dame esa rosca.

— ¡Dios mío, Dios mío! — exclamó Gregorito lleno de dolor.

— Mira tú lo que escoges. O me das la rosca, ó llegará día en que con una palabra que diga yo á mi padre os deje en la miseria...

— ¡Pero, Pepito!..

— Acabemos, venga esa rosca.

José introdujo sin resistencia la mano en el saco, y tomando la rosca, huyó con ella á todo correr y desapareció cruzando la esquina. Pocos momentos antes, una sombra negra había aparecido en la estrecha ventana. Gregorito estaba arrimado á la pared y lloraba. La sombra negra de la ventana asomó el rostro: la luna brillaba espléndida al fin de la callejuela, y á favor de su luz reconoció en el que huía las facciones de José. Miró entonces á Gregorito, mas la oscuridad que reinaba en la callejuela no permitió conocerle. Oía, sin embargo, sus ahogados sollozos, y hondamente conmovido, preguntó con dulzura:

— ¿Quién eres, hijo mío?

El niño levantó la cabeza como saliendo de un letargo, y respondió:

— Padre mío, soy Gregorito, el hijo del tío Antón

— Ven, querido, sube y cuéntame lo que te pasa.

Era el Sr. Cura.

Obedeció el niño, subió á la casa del sacerdote, el cual, con no menos admiración que lágrimas, oyó de sus labios la narración de todo cuanto aquel día había sucedido en la pobre choza del tío Antón y en el portal de Tomasín. Gregorito quería ocultar

la escena de la callejuela: mas estrechado por las preguntas del Párroco, se vió forzado á descubrirle la verdad, encargándole que no dijese nada á José, á quien de corazón perdonaba. No pudo reprimirse el anciano Ministro del Señor al ver tal rasgo de generosidad, y abrazó al niño, estrechándole cariñosamente contra su corazón.

— Así me gusta, hijo mío — le decía — tú eres bueno y Dios te ha de querer mucho.

— Padre, yo quisiera ser muy bueno...

— ¿Cómo?

— Como vos y como Tomasín.

— ¡Tomasín!.. ah, sí, hijo mío, sé como él y serás un santo... Yo...

— Por eso perdono á José. Tomasín le perdonaría también.

— Bendito seas, hijo mío, bendito seas — exclamó el Párroco conmovido, tornando á abrazarle. — Dióle después pan y algunos otros alimentos en abundancia, y despidiéndole con un beso, tomó el camino de la casa de Doña Lucía.

— Hijos míos — dijo á los dos esposos apenas les vió — Dios ha premiado vuestras virtudes dándoos por hijo un santo. ¡Felices los padres de tal hijo!

— Padre — respondió Doña Lucía — os confieso que no me agradó lo que ha hecho esta tarde: ¿lo sabéis vos?

— Todo lo sé, hija mía.

— Le quise castigar, pero ¿cómo iba á castigar á ese angelito mío? Lo primero que hizo fué ponerse de rodillas con aquellos andrajos pidiéndome perdón... ¡Cordero mío!.. Le reprendí con lágrimas en los ojos, y él me decía, el pobrecito: «Madre mía, castigadme, que lo merezco; pero el pobre Gregorito iba desnudo...» Padre — continuaba llorando la buena madre — os digo que no pude reprimirme, que le abracé y le besé como una loca, y su padre hizo lo mismo. Angel mío, Dios me le conserve para ser la bendición de mi casa!

Alonso, sentado en una silla é inclinado sobre el brasero, escondía en silencio la frente en las manos para ocultar su emoción, que á su pesar descubrían algunas lágrimas crujiendo al caer sobre la lumbre. El honrado labrador bendecía en su alma á Dios por haberle dado tal hijo.

— Vos, Alonso, ¿nada me decís? — dijo el Párroco.

— Padre, jamás he sido cobarde; jamás he llorado hasta que tuve ese hijo. No sé qué tienen sus cosas que al pensar en ellas se me saltan las lágrimas. Pero yo lloro de alegría... de no sé qué...

— Sí, Alonso, sí; lloras porque tienes corazón bueno y sensible á los atractivos de la virtud. No son cobardes los hombres cuando lloran por ese motivo... Vuestro niño me confunde. ¿Donde está Tomasín? Quiero abrazarle, quiero besarle; es un santo.

— Por no verle con esa ropa y estar todavía al suya sin secarse del agua que le cayó esta tarde por acompañar á una pobre anciana, le hemos mandado á dormir, y el inocente se ha acostado obediendo como un corderito, á pesar de ser la noche que es — respondió Lucía.

— Quiero verle, quiero bendecirle, y que el niño Jesús le bendiga esta noche por mis indignas manos.

Guiados por Lucía, fueron el Sacerdote y Alonso á la habitación en que dormía el inocente niño. Lucía corrió la cortina, y al pié de la cama notó una sombra oscura. Acercó á ella la luz y, muerta de espanto, apenas pudo reprimir un grito: aquella sombra oscura era una mancha de sangre.

El Sacerdote contuvo el primer movimiento de Lucía y le impuso silencio. Alzó los ojos al cielo, tiró luego de un cordel que asomaba en la cabeceira, y vió con asombro de los dos esposos salir unas disciplinas ensangrentadas.

— Me confunde, me confunde! — exclamó — ¿Qué pecados has cometido tú, inocente, para castigar tu cuerpo de esa manera? Cuidadle, no le permitáis hacer estas penitencias tan rigurosas, reprimidle. Su espíritu es grande: la carne es débil, y más en edad tan tierna.

— ¡Hijo de mi alma!

— Alumbrad: quiero verle.

Tomasín estaba plácida y tranquilamente dormido. Sus manecitas cruzadas sobre el pecho le daban el aspecto de un ángel perdido en la tierra que en alas de la oración: deseaba volar al cielo. En su frente limpia, serena y tersa como el mármol, se reflejaba la inocencia de su alma: en sus rosados labios vagaba celestial sonrisa: parecía abismado en las delicias eternas; aquello, más que sueño, semejava dulcísimo éxtasis de amor.

Besó el anciano Sacerdote la frente del niño y llorando le bendijo, bendijo á sus buenos padres, y salió de aquella casa llevándose el desgarrado traje del pobre Gregorio.

Entre tanto, José ponía su rosca á buen recaudo

debajo del colchón para librarla de asaltos de ratones, y más de una vez se levantó soñando aquella noche para reconocer su tesoro.

VIII

MUNDO É INOCENCIA

Con la venida del verano todo era animación y vida entre los pacíficos moradores de Villanueva de los Infantes. Las faenas de la recolección veíanse animadas por los cantares de los jornaleros y de las espigadoras y el bullicioso acento de los niños que saltaban y brincaban en el trillo ó lucían sus habilidades gimnásticas dando alegres volteretas sobre la tendida parva. Tomasín se empleaba en llevar una y otra vez agua fresca á los jornaleros de su padre, dejando á su paso caer buena cantidad de espigas para que las recogiesen las espigadoras, y dando tal cual pellizco al pan de su buen padre para los pobres que se acercaban.

Aquel era el tiempo destinado por el caritativo Alonso para cobrar escasamente y sin rédito alguno el trigo que con larga mano repartía á los que le habían menester para la sementera. Determinó una noche de Agosto que á la mañana siguiente fuera á tal operación un antiguo y religioso criado: con empeño que jamás había manifestado por cosas de mayor gusto pidió Tomasín permiso para ir en su compañía, y por fin le obtuvo á fuerza de lágrimas, no sin oposición de su padre que con motivo tenía aprovechase la ocasión para hacer una de sus santas picardihuelas.

El día amaneció sereno y hermoso: la fresca de la mañana convidaba á Tomasín á su expedición, y en el tosco y pesado carro de la labranza salió tan contento como un emperador en opulento carruaje. Si su inocente corazón hubiera sido capaz de malicia, ó siquiera de curiosidad, no hubiera dejado de advertir á su salida la animada y misteriosa conversación que dos mujeres del pueblo, cada una con su cantarillo debajo del brazo, sostenían á la puerta misma de la casa de Alonso.

— Te digo, Juana — decía una mirando á la casa de Daniel — que esta mañana le ví salir... Por cierto que es un pasmo lo avejentado que está...

— ¡Ay! Casilda. Dios quiera que no tenga hoy que llorar alguno!

— Es pájaro de mal agüero.

— Chica, desde que le ví... ¡hum! me dió mala espina.

— ¿Sabes que yo he sospechado... Jesús! libreme Dios de los malos pensamientos; pero... hija... ve una tantas cosas... y luego, las que tenemos un poco de mundo... vamos, que si no fuera por ofender á Dios... te digo que...

— ¿Sabes algo de ese hombre?

— Saber... lo que es saber... vamos al decir, eso no; pero... ya digo que Dios me perdone... ¿para qué se quiere la experiencia y el mundo que una tiene?..

— Ea, dime si sabes algo.

— Mira que me lo has de callar.

— Eso... por supuesto... no vayas á creer que... Jesús, Dios me libre...

— Chica, pues á mí se me ha puesto aquí — dijo Casilda señalando á la frente — que ese hombre... pero ya te digo que lo has de callar... ¿eh?

— Vaya... pues ¿tanto has de desconfiar de mí?

— No es desconfiar, sino... hija, vuelvo á decir que me libre Dios de los malos pensamientos y de las malas palabras; pero... — añadió acercándose á su compañera y bajando la voz — pero... yo creo que ese hombre... ese hombre... es...

La última palabra fué pronunciada al oído de Juana. Esta al oírlo se santiguó más de diez veces diciendo:

— ¡Jesús!.. las cosas que ve una en este mundo... Si dicen bien que Satanás, que arredro vaya, tiene cara de conejo.

— ¡Quién sabe si algún día tirará de la manta, y!..

— Pero...

— Hija; lo que te digo... Ya ves tú si á mí se me escapa nada... Digo!.. creo que tengo mundo y que cazo largo, eh?

— Jesús mil veces!.. si no acabo de creerlo...

— Ello, Dios hay que ve los corazones y nos ha de juzgar á todos...

— Bien dices, chica; con su pan se lo coman y allá se lo hayan.

— Adiós, Casilda, y carne que no has de comer déjala cocer.

— Adiós, Juana, y no nos metamos en saber vidas ajenas.

Y ambas se separaron; Juana con ardiente deseo de hacer admirar á la primera que encontrase su perspicacia y conocimiento del mundo, y Casilda

rabando por hallar otra que fuese tan fiel como ella en guardar un secreto, para comunicárselo.

Entre tanto, el carro en que iba Tomasín adelantaba lentamente por un camino desigual y pedregoso al través de un monte de espesos y copudos árboles. Al contemplar la riente naturaleza cubierta por el espléndido cielo meridional, iluminada por el plácido rayo del sol que dibujaba brillantes colores y tornasoles de nácar en las gotas de rocío; al escuchar el modulado acento del mirlo que cantaba en la enramada, y el delicado trino del jilguero que ensayaba entre los árboles un himno al Criador; al sentir la fragancia exquisita del tomillo y el cantueso, el alma del cándido niño se inundaba de inefable alegría, y sus manos se juntaron, sus ojos se fijaron en el cielo, y sus lábios, uniendo su voz á la de la creación entera, murmuraron una oración.

¡Qué hermosa será ante Dios la oración de un ángel!

Luégo, como si volviera de un éxtasis, preguntó al criado:

— ¿No te gusta esto? ¡Qué hermoso es!

— Mucho, Tomasín.

— ¡Qué bueno es Dios! ¡Cuánto debemos amarle! ¿No es verdad que todos los hombres le aman?

— No, hijo mío, no es verdad.

— Pues ¿puede haber hombres tan malos?

— Muchos hay, Tomasín.

— Mira; ten caridad y no juzgues temerariamente: que el Señor Cura dice que eso es pecado.

Callóse el criado, y conmovido exclamó:

— ¡Bendita inocencia, quién nunca te hubiera perdido!

Tomasín quedó por un rato pensativo y melancólico: de pronto el continuo balanceo del carro por lo áspero del camino, le trajo á la memoria una idea triste que le hizo exclamar:

— Pobre Gregorito!.. este es el camino por donde va á la escuela y á pedir limosna... Cuántas veces se habrá herido en estas piedras, él que anda descalzo!..

Entonces, como impelido por una conmoción eléctrica, se volvió al criado preguntándole lleno de angustia:

— ¿A dónde me llevas?

— A... — respondió aquél sorprendido por la inesperada pregunta — a... ya lo verás: no seas curioso.

— ¿Es á casa de Gregorito?

— Sí.

Un grito desgarrador, como de mujer, resonó ahogado por la distancia en un vallecito cercano. El criado quedó inmóvil. Tomasín dijo:

— ¡Escucha!..

Aquél detuvo el carro, y ambos escucharon con ansiedad: en lo hondo del valle se oía llanto de niños, y la ronca voz de un hombre irritado.

— Dios mío, Dios mío, ¡qué será eso! — dijo llorando Tomasín.

— Niño — contestó el criado — eso es que hay hombres malos que no aman á Dios; pues le ofenden en los prójimos.

— Calla, calla, hermano, y ten caridad: vamos á ver qué es, ¡por Dios te lo pido!

El criado, movido de la súplica del niño, hizo andar nuevamente al carro, y por el mismo camino se dirigieron al valle.

FR. CONRADO MUIÑOS SAENZ.

(Se continuará.)

## BIBLIOGRAFÍA

Por la abundancia de originales retiramos hoy la sección bibliográfica, en la cual se daban noticias críticas de los siguientes libros:

*Odas de Pindaro*, traducidas al castellano, por Ippandro Acaico, con notas. Méjico 1882. — *Historia de la ciudad de Denia*, por D. Roque Chabas. Denia 1876. — *La Religión Católica vindicada de las imposturas racionalistas*, por el P. José Mendive, de la Compañía de Jesús. Madrid 1883. — *Monumentos antiguos de la Iglesia de Compostela*, por D. Antonio López Ferreiro y el R. P. Fidel Fita. Madrid 1883. — *León XIII y los católicos españoles*, discurso del Sr. D. Manuel Polo y Peyrolón en la Juventud Católica de Valencia. Valencia 1883. — *Gracia ó la Cristiana del Japón*, leyenda histórica, por D. Francisco Hernando. Barcelona 1882. — *Elementos de Geografía comparada*, por D. Félix Sánchez y Casado. Madrid 1882. — *Recuerdos del Tiempo Viejo*, por D. José Zorrilla, tres tomos. Madrid 1883. — *La Espada y la Lira*, epístola por D. Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca. Madrid 1883.

En el número próximo comenzaremos la revista de tan importantes libros, todos dignos de particular recomendación y aplauso.

## SONETOS

### Á PARÍS

Adios París gigante envilecido,  
Edén hermoso del placer comprado,  
Me aparto pesaroso de tu lado,  
Pesaroso de haberte conocido;  
Eres hermoso cual Luzbel caído,  
Y en tu frente también Dios ha marcado  
El estigma fatal, predestinado  
A muerte infame en cieno corrompido.  
Babilonia cual tú reinó en el mundo,  
Montón de polvo en soledad maldita,  
Triste la cruza el moro vagabundo,  
Roma sólo quedó, Roma contrita;  
Que el Gólgota redime al moribundo,  
Mas tú te apartas de la cruz bendita.

Paris 1882.

### CAÍN

Huyendo de su sombra fratricida  
Marcha Caín por la enlutada tierra,  
Y á cada paso la sangrienta guerra  
Brotó en pos de su planta maldecida;  
Descanso pide en vano el homicida,  
A quien la errante condición aterra,  
Y el mundo airado su piedada destierra  
Ante el estrago de su infame vida.  
Desgárrase su carne palpitante  
Que el tiempo pudre y el dolor abrasa,  
Y sigue y sigue el esqueleto errante.  
Polvo sus huesos son, y aún no retrasa  
Su marcha aciaga el polvo repugnante;  
Que es la peste Caín, que hierde y pasa.

ANTONIO MARÍA DEL VALLE.

## LOS GRABADOS

### FILIPINAS. — CEBU

Arco levantado en la fiesta de la Inmaculada Concepción de 1882 en la plaza del Palacio y Catedral.

Debemos á la cariñosa amistad de un religioso de Cebú la fotografía del suntuoso arco, reproducido en nuestro grabado. Aunque en las reducciones del dibujo pierden mucha parte de su grandiosidad estos trofeos de las fiestas populares, el arco de Cebú aparece espléndido y magnífico, atestiguando con sus proporciones y ornato la solemnidad de la gran fiesta á que fué dedicado.

El religioso pueblo filipino solemniza con extraordinario fervor y suntuosísimas fiestas el misterio de la Concepción Santísima de Nuestra Señora patrona de España. Es á un mismo tiempo fiesta religiosa y nacional, de modo que allí, en tan apartadas regiones, se mantiene unida la fe con el patriotismo, según nos enseñaron nuestros padres, que pelearon á un tiempo por el trono y el altar, símbolos inalterables de la nacionalidad española.

### PANORAMA GENERAL DE ROMA

A la vista de la ciudad eterna, contemplada desde el Pincio, escribía lo siguiente un querido amigo nuestro, cuya descripción es adecuadísima al presente grabado.

“Deseando dar unidad á mis impresiones, tan diferentes, subí esta tarde al elevado y majestuoso jardín del Pincio, que domina toda la ciudad por la parte de NE. Desde aquella imponente galería, adornada de mármoles y de alamedas por la munificencia de Pío VII, contemplé enajenado el panorama de Roma. Enajenado he dicho, y no retiro la palabra, que un genio tan vasto como el del autor de *Los Mártires* solo creía poder dar idea de la turbación que sintió á la vista de Roma, comparándola con la que dominaba á los Profetas cuando Dios les enviaba la visión de alguna ciudad á que había unido los destinos de su pueblo, *quasi aspectus splendoris*.

“El corazón se turba, oprimido por la muchedumbre de sentimientos que inspira la presencia de Roma, la capital del mundo antiguo, la corte de los reinos cristianos. De mí sé decir á usted que por algunos momentos me parecía una visión fantástica lo que estaba viendo; pero visión tan extraordinaria, que pasaban ante mis ojos atónitos todas las grandezas de la Ciudad Eterna á modo de colosal galería de reyes y de pueblos, de triunfos y de catástrofes, galería tan vasta como la sucesión de treinta siglos, y tan angusta como la tierra y el cielo unidos bajo la tiara de los romanos Pontífices.

“El cuadro era magnífico. El sol, rojizo como el escudo de oro de un gigante, se ocultaba detrás de la cúpula de San Pedro, que tenía en frente. A mi derecha los jardines de la villa Borghese y la plaza del Pópulo; á mi izquierda las trescientas cúpulas de las iglesias de Roma y los soberbios palacios de sus famosos montes. Mis ojos se fijaron espontáneamente en el Capitolio y en el Vaticano, monumentos insignes que guardan la memoria de las dos Romas, que sucesivamente han ejercido hasta ahora, durante treinta siglos, el dominio del mundo.

“Del Capitolio me parecía ver salir la larga serie de sus cónsules y de sus emperadores, ceñida la frente con los laureles de presuntas doce victorias y cubiertos con las alhajas de todas las naciones, que arrebataron las águilas romanas,

para cuyo vuelo eran bajas las cordilleras del Asia y de Europa. Allí venían los Brutos y los Casios, los Césares y Pompeyos, los Octavios y Nerones, los Titos y Trajanos, los Dioclecianos y Teodosios, nombres que oyeran con espanto los pueblos antiguos entre el fragor y los estragos de las guerras por la ambición romana sostenidas. Allí venían los senadores, los quirites, los augures, los flámines, con sus respectivos atributos, brillando bajo este cielo de Italia las vistosas preseas de sus variados y ricos trajes, tejidos con el oro y la seda del Asia. Desde el Capitolio, por la vía Sacra, que aunque no la alcanzaba desde el Pincio, la recordaba bien por haberla visitado hacía pocas horas, bajaba esta espléndida comitiva al Coliseo. A su llegada, las ruinas de este grandioso y fúnebre monumento se levantaban, erguiéndose sus columnas, abriéndose sus palcos, ordenábanse sus graderías, y el pueblo-rey invadía sus corredores para presenciar un espectáculo.

“Ancianos venerables, pudorosas doncellas, apuestos mancebos salían encadenados al medio de la arena; sobre sus frentes brillaba la serenidad de sus almas; inquebrantables á los tormentos, é hincados de rodillas, con los ojos en el cielo, esperaban la sentencia de los Césares. Por fin se abren las jaulas de las *cáveas*, las fieras hambrientas se arrojan sobre aquellas víctimas indefensas, y á la vista de la muchedumbre, más cruel que las fieras, son desgarrados los cuerpos de los mártires, que mueren rogando á Dios por la conversión de sus verdugos.

“Humeante aún la sangre de las víctimas del paganismo, Alarico, siguiendo el mandato irresistible de aquella voz misteriosa que le grita: — “Anda, ve á destruir á Roma,” penetra en la ciudad de los Césares por la puerta Salara, y en tres días y tres noches sepulta en ruinas sus grandezas y deja convertida en cadáver á la reina de las naciones.

“Sobre aquel montón de escombros que cubren las abominaciones de los gentiles, veía levantarse el Vaticano. A los Césares suceden los Papas, á las águilas la Cruz, á la Roma de Júpiter y de Venus, la Roma de Cristo y de María Inmaculada. Mientras los Césares bajaban del Capitolio para ahogarse en la sangre de los mártires, subían éstos de las Catacumbas para erigir sus basílicas sobre las ruinas de los templos gentiles. El panteón abre sus puertas á la Reina de los mártires; con las columnas del foro se edifica la iglesia de San Pablo; en la ensangrentada arena del Coliseo se levanta una Cruz, y al imperio del terror y la fuerza, que hasta entonces había ejercido Roma sobre el mundo, sucede el más grande y duradero de la justicia y del amor.

“Poco importa que contra él se levanten la usurpación y el crimen: desde el balcón magnífico del Pincio imaginábase ver al Papa Silverio, poco menos que arrojado al Tiber por Belisario; y luego veía al general bizantino, ciego, pobre y despreciado de todos, hasta de sus propios amigos, pidiendo limosna en una puerta de Roma, que por muchos siglos ha llevado su nombre; imaginábase ver al gran Papa Gregorio VII encerrado en la mole sombría y gigantesca de Sant'Angelo, por la perfidia de Enrique IV de Alemania, y después veía á este desdichado emperador huyendo de Roma ante las huestes de Roberto Guiscardo, abandonado de sus súbditos, ultrajado de sus hijos y devorado hasta la muerte por el remordimiento de sus crímenes; imaginábase ver salir ¡por la Puerta Pia! á Pío VII entre las bayonetas de Napoleón I, y luego veía al emperador francés, al rival de César y émulo de los antiguos emperadores, morir solitario y triste sobre la roca de Santa Elena. Y después de estos recuerdos, que la vista de Roma traía naturalmente á la memoria, al dirigir los ojos al Quirinal que tenía á mi izquierda, y luego al Vaticano que tenía á mi frente, y al pensar que á mi espalda se abría la Puerta Pia, dejando lo pasado por lo porvenir, ó más bien, explicando lo porvenir por lo pasado, veía... el triunfo de la Iglesia, contra la cual no podrán nunca prevalecer las puertas del infierno.”

### VISTA EXTERIOR DE LA CATEDRAL DE TARAZONA

En pocos monumentos como en este pueden observarse mejor las vicisitudes de la arquitectura española desde el siglo XII hasta el presente. Es un conjunto heterogéneo de obras de distintos géneros, desde el bizantino ó románico de transición, hasta el grecoromano de la segunda restauración. Allí se ven los esbeltos arcos, altas naves y preciosas galerías del gótico del siglo XIII, todavía envuelto en reminiscentes restos del bizantino, que dominó en los siglos anteriores; allí los bellísimos calados y graciosas ventanas del gótico florido, vistiendo ya las formas nuevas del plateresco, que había de servir de puente entre la Edad media y la moderna; allí los arcos de medio punto y los pesados macizos del grecoromano, en sus dos restauraciones; y por fin, allí, las profanaciones artísticas del siglo pasado, que dejó lamentables huellas de su paso en demoliciones, blanqueos y reformas abominables.

Nuestro grabado representa el exterior; pero basta para formar idea de lo que decimos, pues no hay unidad posible en este conjunto de fábricas amontonadas para servir de base al extravagante cimborrio, de quien se ha dicho que representa un catafalco rodeado de severos blandones.

### EL ALCALDE

Dibujo de Becquer.

Es un tipo nacional que va transformándose, pero que no desaparece. Por desgracia la transformación consiste en conservar lo malo antiguo, perder lo bueno que tenía y tomar lo malo de estos tiempos. El dibujo es precioso y representa muy al vivo este personaje, según lo conocieron nuestros padres, y según puede verse todavía en no pocas aldeas, donde aún se conservan los antiguos trajes.

## EL MÁRTIR DE UN SECRETO

histórico

POR RAUL DE NAVERY

(Continuación.)

— Pero la inclinación que tenéis á la misericordia y las promesas de vuestra ley han sostenido mi esperanza.

En este momento el desolado grupo llegó al umbral del cortijo.

El sacerdote subió, por decirlo así, á su madre, porque ella no tenía fuerzas para subir los escalones; después, dirigiéndose á la cama de Jacobo, cuyas cortinas estaban echadas, las abrió y colocó el cadáver en ella.

Ana cayó en el suelo cerca de la cama; no estaba arrodillada ni sentada, sino desplomada, destrozada, medio muerta.

El sacerdote atizó la lámpara, encendió dos candeleros, los puso junto á la cama, avivó el fuego y volvió junto á la cabecera. Estaba callado.

El fondo de su alma estaba lleno de amargura. Parecía que la esponja de hiel se había exprimido sobre su corazón, y que este corazón absorbía esta horrible bebida.

De cuando en cuando tomaba el Crucifijo que había descolgado de la pared y lo había puesto sobre el pecho de Dunstan; sus labios se posaban sobre los pies heridos; quedaban allí fijos, como si corriese de aquellas llagas un vino fortificante. Después volvía á poner la señal de salvación sobre el corazón del cristiano que había pasado tan pronto de la vida á la muerte, y volvía á quedarse en su inmovilidad.

Desde que se vieron los primeros rayos del alba, Fritz-Roy se levantó y se dirigió á la cuadra.

— Folster — dijo, despertando á uno de los criados — necesitamos aquí al juez; ha sucedido una desgracia á nuestro joven amo... Decidle que se ha encontrado el cadáver de Dunstan en el camino del cortijo de Isabel, y rogadle que cumpla su deber.

Una hora después entraba el juez en la sala de las Tierras Bajas.

## IV

## LA SUMARIA

Ana no cambió de posición.

El sacerdote llevó al magistrado junto de la cama. Resultaba del examen de las llagas, que habían herido á Dunstan con dos puñaladas, que habían aplastado el cráneo y herido la frente en dos sitios.

— ¿Creéis que la avaricia haya sido el móvil del crimen? — preguntó con frialdad el juez al joven sacerdote.

— No, señor, porque no le han robado.

— ¿El odio, entonces?

— No conocía que mi hermano tuviese enemigo.

— En efecto, era bastante amado — replicó el magistrado — pero un criado despedido, una reprensión mal comprendida...

— Nuestros criados están en casa hace diez años, y los miramos como si fueran de la familia.

— ¿No ha tenido ninguna disputa? Un joven puede tener un momento de mal humor. Las personas sobrias son las que el vino alegra más pronto. ¿Ha salido Dunstan ayer?

— Sí, señor; pero Dunstan iba á casa de Margarita, su prometida. A la hora que suele entrar, Trilby ha vuelto solo, asustado, relinchando, cubierto de sudor... He salido al camino; á la mitad, mi perro Melampo ha empezado á ladrar, ha saltado un vallado que yo he atravesado después, y he visto el cadáver de Dunstan en el campo de Josuah: Melampo se ha quedado en el sitio donde he encontrado este pobre cuerpo. Tenía el rostro vuelto hacia el suelo...

— ¿Puede usted venir conmigo? — preguntó el juez al joven sacerdote.

— Sí, señor.

— Vamos al campo de Josuah.

— El magistrado, el sacerdote y uno de los criados, después algunos alguaciles que iban con el juez, y en fin, un grupo de curiosos, que se iba haciendo mayor á cada momento, se dirigieron hacia el campo.

— Se le llamará de aquí en adelante ¡Haceldama! dijo el sacerdote.

— Fritz-Roy andaba con un paso regular, pero fatigoso. No tenía el aire noble de los días dichosos. Sus pies se levantaban con dificultad del suelo; parecía que echaban raíces. Su ancha espalda se encorvaba, y la capa de plomo de los desdichados, de la que habla Dante, parece que la tenía echada sobre sus hombros.

Andaba con la cabeza inclinada; de cuando en cuando se pasaba la mano sobre los ojos para tratar de echar fuera la niebla que turbaba su vista. No

lloraba. Sus lágrimas le hubiesen aliviado. En su interior su corazón se desangraba. Pasando ante la negra cruz, se santiguó y marchó con más rapidez. Se acordó de la escena de la víspera. El juez no le interrogaba. Era un hombre bastante bueno, protestante austero; pero no le faltaba ni inteligencia ni buen corazón. Sus funciones no se avenían con una naturaleza benévola y dulce. Quería á la humanidad entera, y se consideraba infeliz por tener siempre que sentenciar. La aplicación de la ley le parecía siempre rigurosa. Cada vez que debía formar una sumaria, sentía un tedio inmenso hacia la vida.

Esta naturaleza honrada se horrorizaba con el contacto de los criminales. Al contrario de la mayor parte de los magistrados, era feliz cuando encontraba circunstancias atenuantes al crimen, al pronunciar la inocencia de un hombre. Deseaba encontrar en los acusados desgraciados, y no criminales. Pero, sin embargo, si se encontraba enfrente de un crimen atroz, que nada excusaba; si el asesinato cometido sumía á una familia en la desolación, el mismo sentimiento de bondad de que estaba poseído le obligaba súbitamente á seguir con afán la indagatoria.

No ahorra ni trabajo ni tiempo, abrazando la causa como suya y no excusando ningún cuidado. Guillermo Harting conocía hacía muchos años á la familia de Ana. Hijo de labrador como Jacobo, había vuelto en calidad de magistrado á la ciudad vecina del pueblo donde había nacido; pasaba sus vacaciones en la casa paterna, y debía volver al día siguiente á la capital del distrito, cuando supo de repente la noticia del asesinato de Dunstan. El desconocido asesino del joven no ofrecía ningún indicio. Dunstan no era pendenciero; el hambre no podía haber obligado al crimen á un desgraciado, porque no se había despojado el cadáver. Necesariamente había un secreto en el fondo de este asunto. El examen del sitio podía dar algún indicio.

Guillermo Harting andaba rápidamente, mientras que el sacerdote iba arrastrando.

No tardaron mucho en oír los ladridos lastimeros de Melampo, y se encontró al fiel perro en el mismo sitio que se le había dejado la noche antes.

No muy lejos de allí se veía hollada la hierba con pisadas multiplicadas y furiosas. El talón de uno de los luchadores, porque debía haber habido lucha, se hundía profundamente en el suelo. Una de las pisadas era exactamente de la medida de los zapatos de Dunstan; la otra era de una dimensión colosal. A juzgar por la laguna de sangre que estaba cerca de un poste, habían echado al suelo á Dunstan, y en seguida lo habían herido. El asesino entonces debió haberse puesto de rodillas para asegurarse que no latía ya el corazón; cuando comprendió que no tenía á sus pies sino un cadáver, debió echarlo al azar por encima del vallado del campo de Josuah.

Además, ni un pedazo de vestido, ningún indicio que pudiera hacer encontrar la traza. El puñal no se encontró. El sitio del camino en el que había sido asaltado Dunstan era un poco húmedo, y el suelo humedecido conservaba las huellas; pero algunos pasos más lejos, el empedrado hacía imposible seguir al malhechor. ¿De dónde venía?

Por algún tiempo siguió el mismo camino que Dunstan, y las huellas de los clavos de su enorme calzado se encontraron aún á una milla del cortijo de Margarita. Pero, á pesar de las pesquisas, no se descubrió nada más; aun cuando se hubo contado el número de clavos y especificado las particularidades de su forma, no fué tampoco posible consignar un resultado significativo.

Tinieblas inmensas rodeaban este terrible asunto.

El magistrado y el hermano buscaban en vano, agotando las conjeturas, enumerando el pueblo; no encontraban ni un indicio, y tuvieron que volver sin tener ni aun la satisfacción de pensar que se haría justicia.

— Dios se encargará de ello, no lo dudemos — dijo Guillermo — porque es raro que el culpable no vuelva al crimen... Cañ debió gritar el primero que acababa de asesinar á su hermano... Tarde ó temprano, el miserable se entregará él mismo.

Cuando entró Patricio en el cortijo, encontró á su madre de pie, lavando con infinitas precauciones la profunda llaga que tenía su hijo en la frente. No hubiera temido el irritar la herida ni de aumentar el sufrimiento de su hijo. Una gran vasija de cobre, que contenía romero bendito y agua bendita de la pila de la iglesia, estaba junto á la cabecera, sobre una mesa pequeña, al lado del libro de misa de la pobre Ana y de su rosario, ennegrecido por el uso.

Las manos de Dunstan, cruzadas sobre el pecho, apretaban el Crucifijo, y la paz había vuelto á este joven rostro.

Cuando la madre concluyó su tarea, cogió un pañuelo fino, fajó la frente herida, y la colocó suavemente sobre la almohada.

El juez había terminado su instrucción y su suma-

ria; el sacerdote estaba aún muy distante de haber concluido su tarea.

Sin embargo, las gentes del pueblo rivalizaron en delicadeza para quitarle á su pastor las preocupaciones materiales que trae la muerte. Una hermosa caja fué puesta por un jornalero del país al lado de la puerta del cortijo. Un carpintero pasó todo el día haciendo una cruz para el sepulcro, y el campanero, que era al mismo tiempo sepulturero, preparó la fosa sin que se le hubiera mandado.

Todo el día estuvo el cura junto al lecho fúnebre, velando y orando. Eran cerca de las cuatro cuando vió entrar al campanero y los dos chantres; comprendió que debía volver á la tierra el mortal despojo de Dunstan. Se levantó, tomó á su madre entre sus brazos, la estrechó piadosamente contra su pecho y le dijo:

— Todo no está aún consumado.

Ana se estremeció.

— Comprendo — murmuró. — ¡Me van á quitar lo que aún me queda de mi pobre hijo!.. Quiero tenerlo aún... una noche, un día, nada más que una noche. ¡Pensar que lo van á sepultar y que yo no lo veré ya más!..

— ¡Nunca más! — repitió Fritz. — ¿Olvidas, pues, el día de la resurrección gloriosa?

— Dios sabe que soy una buena cristiana... pero fui esposa y soy madre, y me atormentan estos dos cariños que El había bendecido... Jacobo ha muerto, y lloro á mi hijo el más joven... Jacobo no se consolaba de haber perdido á José, y Raquel no quería que se engujasen sus lágrimas...

— Pero María estaba de pie en el Calvario; vió sepultar á su Hijo... y sobre las piedras de todos los sepulcros, madre mía, se sientan los ángeles que vió Magdalena.

— ¡Hijo mío, hijo mío, ten compasión de mi dolor!.. ¡No veas más que á tu madre; tu madre, que reza y llora! Más tarde reprenderás á la cristiana; en el sagrado tribunal le impondrás una fuerte penitencia por haber cedido á la desesperación y haber lamentado que el Señor le mandase una carga tan pesada... Ésta noche que me lo dejen... nada más que esta noche, en nombre del Salvador de los hombres...

Patricio pasó al lado de su madre las horas de la velada de angustias, y al día siguiente, al alba, tocaron las campanas para el entierro de Dunstan. La puerta del cortijo está colgada de negro. Todas las personas del pueblo se agolpaban en el patio ó esperaban en el camino. Algunos estaban ya en la iglesia. El luto de la familia del sacerdote era un luto general. La consternación se expresaba en todos los rostros. Los más pobres habían puesto un pedazo de cinta ó de crespón negro en su sombrero. Parecía que todos habían perdido un hermano. Cuando apareció el cura en el umbral del cortijo, lo acogió un murmullo de conmiseración y de respeto. Con una voz baja y conmovida recitó las oraciones; después se pusieron todos en marcha. La cruz, llevada por un monaguillo, precedía al féretro. Fritz-Roy volvía á menudo su mirada hacia su madre, á quien sostenían dos criados llorando á lágrima viva.

Patricio subió al altar. Se oía un murmullo de sollozos, y Ana se había arrodillado tan cerca del féretro, que su frente daba contra el paño mortuario. Parecía que aún dirigía la palabra á su primogénito, objeto de todas sus predilecciones, y que le hacía recomendaciones supremas.

Cuando se concluyó el santo sacrificio, se llevó el cuerpo al cementerio y cayó en la fosa, cubriéndole la tierra. De prisa, manos piadosas la cubrieron con flores y pusieron la cruz. Cuando se recitó la postrera oración, el cura dijo á su madre con una voz que trató que fuera firme:

— Madre...

Se levantó y siguió á su hijo.

Fritz-Roy tuvo que entrar en la iglesia para ir á la sacristía; encontró á Ana cerca de la fosa, y los dos salieron del cementerio sin decir nada.

Cuando llegaron al cortijo, el cura puso al lado de la chimenea el sillón de Ana, se sentó frente de ella y quedó sumergido en los mismos tristes pensamientos.

Se habían pasado muchas horas; la madre y el hijo pensaban en Dunstan, á quien no volverían á ver, cuando, levantando Ana de pronto los ojos sobre su hijo, pareció mirarlo con espanto.

— ¿Qué tienes? ¿Qué tienes? — preguntó Fritz-Roy. Ana le apretó con fuerza las manos, y poniéndolo enfrente de un espejo:

— ¡Estas manchas! ¡Estas manchas! — dijo con espanto.

Entonces se apercibió el sacerdote que su sotana tenía grandes manchas rojas.

Cuando se inclinó sobre Trilby, cuando encontró el cadáver de Dunstan, su vestido sacerdotal se manchó con la sangre fraterna.

— Madre — dijo con una voz casi apagada — esta sotana sangrienta me servirá de mortaja... Se caerá tal vez á pedazos, pero yo no me la quitaré nunca.

V

EN EL CONFESONARIO

Era ya de noche; el cura del pueblo y su madre estaban siempre en el mismo sitio.

La criada preparaba la comida de los sirvientes en casa de una vecina. Se comprendía que era menester respetar la soledad de los amos: la soledad es el pudor del sufrimiento. Los dos cedían, no al sueño, sino á una especie de sopor. Hacía dos días que ni el uno ni el otro habían cerrado los ojos.

El ruido que hizo la puerta al abrirse no los sacó de su recogimiento.

Tobías acababa de entrar; Tobías el viejo campanero.

— Me parece — pensaba el sacristán — que es un pecado el turbar el reposo del cura Fritz-Roy en un día como éste.

Como si ese hombre no pudiese volver mañana al amanecer. Pero tal vez le suceda á pecadores como éste lo que á las lechuzas, que la hermosa claridad del sol les asusta. ¡Pobre señor cura! Piensa en su hermano; el Señor le hace ver tal vez una visión bendita, y yo voy á disiparla brutalmente... Si ya el señor cura no me hubiera reprendido por lo que él llama la hora de la misericordia, respetaría esta hora. Señor Cura... — dijo en fin Tobías — señor, os aguardan en la iglesia.

— ¿Quién está ahí? — preguntó con dulzura el sacerdote?

— Tobías, señor; el pobre Tobías, que siente mucho incomodarse.

— ¿Qué quieres, Tobías?

— ¡Oh! Yo, señor cura, no quiero nada... y me guardaría muy bien de incomodarme si se tratase de mí... pero vengo por encargo de un...

— ¿Un enfermo?

— Según la apariencia no de cuerpo, pero más bien del alma... Uno que no sé quién es; se esconde la cara con el ala de su sombrero, y lo bajo del rostro con una manta demasiado buena para un irlandés.

Es menester tener muy poco miramiento para querer confesarse á esta hora.

El cura Fritz-Roy estaba ya de pie.

— Su carga es más pesada que la mía, dijo.

— No he abierto la iglesia, y el hombre espera en el pórtico.

— Está bien, Tobías.

— ¿Queréis luz? Será preciso encender un cirio.

— No, amigo mío; este hombre parece que busca el misterio; no es menester asustar á las almas tímidas.

Un minuto después el cura iba á la iglesia.

El cementerio la rodeaba, y era menester atravesarlo para ir al santo templo.

El sacerdote oyó un ligero ruido de sollozos; parecía que venían del sepulcro de su hermano.

Se acercó á él y vió una mujer arrodillada y llorando.

— ¡Margarita! — exclamó Fritz-Roy.

La joven levantó la cabeza.

— ¡Ah! Dejádme llorarle sola, en la sombra — dijo. — Mi abuela no ha permitido que lo vea herido y sangriento... Me ha dicho que el dolor de una mujer se debe esconder á todas las miradas... y me he quedado en casa mientras que metían á Dunstan en la caja; no he acompañado su cadáver á la iglesia. ¡Oh! Vos que le amábais como yo le amaba... vos, su hermano, que debíais consagrar nuestra unión ante el Señor, ¿no me permitiréis que lllore junto á su sepulcro?

— ¡Llora, Margarita; llora, pobre joven, viuda de Dunstan, y permanece fiel al recuerdo de aquel que será tu esposo en la eternidad.

Y el sacerdote, poniendo su mano sobre la frente de Margarita, pareció que ofrecía á Dios sus puras lágrimas.

Después, volviendo hacia el pórtico, echó una mirada á su alrededor: una forma humana estaba apoyada á la columna del atrio. Buscó la llave de la iglesia, abrió la pesada puerta y dijo al desconocido:

— Venid.

El hombre le siguió tropezando.

La iglesia estaba oscura. La tenue luz de la lámpara del santuario no era suficiente para disipar las tinieblas que envolvían la parte baja del edificio; además había sobre ésta una galería. El sacerdote se dirigió al confesonario. Tomó su sobrepelliz, se la puso, se persignó y aguardó.

— Padre — dijo el hombre que acababa de arrodillarse en el banco de pino del confesonario; ¿todo lo que pasa aquí es sagrado y queda en secreto?

— Todo, hermano mío — respondió el sacerdote.

— ¿Y nunca el confesor tiene derecho para declarar el secreto de la confesión?

— Nunca.

— ¿Y si se tratase de la justicia?

— ¡Nunca!

— ¿De su vida?

— ¡Tampoco!

— ¿De su honor?

— Ni para salvar su honor, ni para librar su vida, el sacerdote puede revelar el temible secreto de la confesión.

— Y bien — replicó el hombre — estoy de rodillas y me he persignado; ¿qué formalidad debo cumplir en seguida?

— Recita el *Confiteor*.

El desconocido dijo esta oración.

— Ahora — prosiguió el sacerdote — voy á bendeciros, para que Dios os dé la fuerza para confesarlo todo.

El penitente guardó silencio por un momento, como si no tuviese valor para empezar esta confesión terrible.

— Tened confianza, y vuestros pecados os serán perdonados — dijo el sacerdote.

— Me llamo Hugo Peacock — dijo de pronto el hombre arrodillado.

— Vamos — dijo el sacerdote — bendito sea Dios que trae al redil la oveja extraviada. Nunca es demasiado tarde para entrar en el camino recto. Sin duda habeis escandalizado nuestra pequeña parroquia por vuestro retraimiento de la Iglesia, vuestro desprecio de los mandamientos del Señor, vuestra dureza con los pobres, y las estaciones que hacíais en todas las posadas del camino; se os han achacado más acciones malas tal vez que las que habeis cometido; pero aun cuando hubierais hecho traición á Cristo, como Judas, podéis aún esperar en la misericordia divina. Os calláis, Hugo; no sabéis cómo desenvolver tantos años durante los cuales habeis olvidado á Dios que, lo veis, no os olvidaba. ¿Queréis que busque con vos el mal que habeis podido cometer, y el bien que habeis omitido? No temáis: los diez leprosos se prosternaron ante Jesús, y el Señor comprendió su espantosa enfermedad. La lepra del pecado cede también ante el poderosísimo médico de las almas.

Estas palabras fueron dichas con tanta unción, anunciaban una caridad tan tierna, que el hombre, que tenía su frente entre sus manos, como si la oscuridad, que no dejaba distinguir ni aun su cuerpo, no le pareciese suficiente, no pudo menos de estremerse.

Un momento temió que el enternecimiento se apoderase de él. En fin, se armó de un valor espantoso, cuando se piensa en lo que iba á decir, y prosiguió:

(Continuará.)

JEROGLIFICO



La solución en el número próximo.

Los recibe la Sociedad general de Anuncios de España calle del Príncipe, 27, Madrid.

ANUNCIOS

En París, los recibe la AGENCIA HAVAS Plaza de la Bolsa, núm. 8.

COMPañÍA COLONIAL  
Roma 1868  
MEDALLA DE ORO.  
CHOCOLATES PREMIADOS POR SU SANTIDAD PIO IX  
Depósito general. Calle Mayor, núms. 18 y 20.  
Sucursal..... Calle de la Montera, núm. 8.

PARA EL CULTO DIVINO

Atriles. Ciriales. Diademas. Navetas.  
Candeleros. Coronas. Incensarios. Sacras.  
Campanillas. Cruces. Lámparas. Vinageras.  
Acaba de recibirse gran surtido de candelabros en forma de ramos con azucenas, margaritas y otras flores, de 3, 4, 5, 6 y 7 luces.  
Manuel Garcia, Atocha, 45 y 47, Madrid.

SOCIEDAD GENERAL DE ANUNCIOS DE ESPAÑA

Esta sociedad tiene el honor de anunciar al público que en sus oficinas se reciben anuncios, reclamos y hechos varios para sus periódicos de Madrid y provincias, recibéndolos también para los de todos los países de Europa, de Asia, América, Oceanía, Australia y la India.

OFICINAS, CALLE DEL PRÍNCIPE, NÚMERO 27, PRINCIPAL

Sucursal en Barcelona, Bajada de Cervantes, núm. 4

VAPORES-CORREOS del MARQUÉS de CAMPO

Líneas regulares de Asia, África, América y Oceanía  
LINEA DE FILIPINAS

Viajes redondos mensuales, en día fijo, desde el puerto de Liverpool á los de la Coruña, Vigo, Cádiz, Cartagena, Valencia, Barcelona, Port-Said, Suez, Aden, Punta de Gales, Singapore y Manila.  
El vapor MAGALLANES (100 A. I. LLOYD) saldrá del puerto de Barcelona el 1.º de Marzo. Admite carga y pasajeros para los de PORT-SAID, SUEZ, ADEN, PUNTA DE GALES, SINGAPORE Y MANILA.

LINEA AL BRASIL, LA PLATA Y EL PACÍFICO

El vapor SAN AGUSTIN (100. A. I. LLOYD), saldrá de Santander el 15 de Marzo para la Coruña, Vigo, Lisboa, Cádiz, Montevideo, Buenos Aires y puertos del Pacífico. Admite carga y pasajeros para dichos puertos, y todos los demás del Pacífico.

NOVÍSIMO AÑO CRISTIANO Y SANTORAL ESPAÑOL

Se ha publicado el primer tomo de esta importantísima obra, escrita con un criterio superior á todos los AÑOS CRISTIANOS Y SANTORALES publicados en España hasta el día, llena de erudición y preciosos datos históricos y críticos, es del mayor interés para todos los buenos católicos, y principalmente para los Sres. Sacerdotes dedicados á la cura de almas y á la predicación. Además de la oración, epístolas y evangelios propios del día, se dan meditaciones ó reflexiones sacadas del repertorio de nuestros mejores clásicos, tales como Santa Teresa, Rivadeneyra, los tres Luises, de León, de Granada y de la Puente, etc. Constará de doce tomos. Se reciben suscripciones en las oficinas de la casa editorial Sres. Riera y Compañía, Peligros, 20, 2.º

REVISTA DE CONOCIMIENTOS ÚTILES

**Falsificación del marfil por medio de las patatas.** — Para ello, se mondan los tubérculos y se separan los pedazos de aspecto uniforme, limpios de toda mancha, deterioro, etc. Estos pedazos se sumergen primero en agua clara y luego en agua acidulada con ácido sulfúrico. Después, y esta es la operación más importante del procedimiento, se hacen hervir en ácido sulfúrico dilatado. Esta operación exige precauciones especiales, que constituyen hoy, al parecer, el secreto del inventor, y que probablemente se referirán á la duración de la cocción, á la clase de las patatas, al grado de concentración del ácido, etc. De todos modos, es necesario que el ácido sulfúrico sea puro.

Así tratada la patata se endurece y pierde poco á poco su permeabilidad. Se lava después con agua fría y últimamente se deja secar lenta y gradualmente.

La sustancia ó material así obtenido imita el marfil, se puede trabajar con facilidad y no muestra tendencia á rajarse bajo la influencia del aire. Este marfil es de un color blanco amarillento, duro, elástico y bueno para bolas de billar. Se puede teñir de diversos colores, antes ó después del tratamiento indicado, pudiendo tener variadas aplicaciones. Su precio es muy bajo.

**Cambio de color del bronce.** — La sociedad de arquitectos de Berlín ha hecho algunas observaciones para conocer la causa que hace que se vuelvan negros algunos bronce. Háse notado este hecho comparando el calor de una estatua expuesta de mucho tiempo á la intemperie, la cual adquirió un color muy oscuro, mientras que un cañón muy antiguo, expuesto asimismo al aire libre por un período muy

largo de tiempo, conservó su color verde natural. Analizado el metal, resultó que el del cañón estaba formado de nueve partes de cobre y una de estaño, mientras que el de la estatua contenía una gran cantidad de zinc, siendo este metal el causante del cambio de color. Ensayadas algunas aleaciones, resultó comprobado el hecho de que las de cobre con estaño conservaban su color verde, al paso que las

asunto y podemos anunciar que por *cuatro pesetas* podremos conseguir cada cubierta, si el número de pedidos fuese mayor de ciento.

Invitamos, pues, á los que las deseen á decirnoslo, para ver si se reúne el número necesario.

Tipografía Gutenberg, á cargo de M. Salamanqués, Villalar, 5.



EL ALCALDE.

que contenían zinc se volvían más ó menos negras, según la proporción de este último metal.

Puede añadirse á esto, que según los análisis hechos por Reyer, los bronce usados en la antigüedad para las armas de distintas clases, no contenían ni plomo ni zinc, constando sólo de cobre y estaño, con pequeñas cantidades de níquel, hierro, fósforo, y á veces cobalto.

## ADVERTENCIAS

Rogamos encarecidamente á nuestros suscritores cuyo abono haya terminado, se sirvan renovar ó dar aviso de la renovación lo más pronto posible para evitar gastos inútiles á esta empresa, cuyos continuos gastos exigen una regularidad constante en la marcha de la administración.

Algunos suscritores nos han manifestado deseo de adquirir para encuadernar los tomos de LA ILUSTRACIÓN, cubiertas de tela, adornadas convenientemente, que sin costar mucho sean elegantes y á propósito para tener los tomos sobre veladores de despacho ó centros de sala. Hemos estudiado el

# LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA

REVISTA DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTE CRISTIANO  
DIRECTOR, DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL  
PROPIETARIO, D. MODESTO RIERA.

Se publica desde su SEXTO VOLUMEN en DOCE PÁGINAS, conteniendo treinta y seis grandes columnas de texto, perfectamente impresas é intercaladas con interesantes grabados artísticos y de actualidad.

Sale á luz los días 5, 15 y 25 de cada mes. A pesar de los excesivos gastos que las reformas introducidas en esta publicación ocasionan, constantes en la idea de satisfacer la imperiosa necesidad que se deja sentir en el seno de la familia española de una publicación de esta índole que proporcione grato esparcimiento al par que instructivo recreo, hemos procurado (y creemos haberlo conseguido) que su adquisición continúe al alcance de todas las fortunas, de manera que pobres y ricos puedan, sin sacrificios, poseer esta elegante Revista.

## Puntos de suscripción

MADRID.—En la Administración de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, calle de Peligros, núm. 20, segundo. En las principales librerías y por medio de los repartidores.

PROVINCIAS.—En casa de los Sres. Corresponsales de la Empresa.

Los Sres. Suscritores de provincias que prefieran entenderse directamente con la Administración, deberán remitir el importe de sus abonos en libranza del Giro Mútuo ó en letras de fácil cobro. También pueden remitir el importe en sellos de franqueo, pero éstos han de ser precisamente de comunicaciones.

PUERTO-RICO.—D. Celestino Díaz.—HABANA.—D. Juan Rivero, Muralla, 33, librería.—FILIPINAS.—Imprenta del Real Colegio de Santo Tomás de Manila, Sr. D. Gervasio Memije.